

**NARRATIVAS LOCALES: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE
VIOLENCIA EN EL MUNICIPIO DE QUINCHÍA (RISARALDA) ENTRE LOS AÑOS
2000 Y 2006**

CARLOS AUGUSTO ARREDONDO MOLINA

ANDRÉS FELIPE YAYA ROMÁN

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

2022

**NARRATIVAS LOCALES: HACIA LA CONSTRUCCIÓN DEL CONCEPTO DE
VIOLENCIA EN EL MUNICIPIO DE QUINCHÍA (RISARALDA) ENTRE LOS AÑOS
2000 Y 2006**

CARLOS AUGUSTO ARREDONDO MOLINA

CÓDIGO: 1090336061

ANDRÉS FELIPE YAYA ROMÁN

CÓDIGO: 1087557873

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR AL TÍTULO DE LICENCIADOS EN ESPAÑOL
Y LITERATURA

DIRECTOR DE MONOGRAFÍA

[WILLIAM MARÍN OSORIO](#)

PROFESOR LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

PEREIRA

2022

Dedicatoria

A la comunidad del municipio de Quinchía (Risaralda), por contribuir a forjar la construcción de una memoria histórica que tanto necesita Colombia.

Andrés Felipe Yaya

A mis padres por haberme comprendido y apoyado a lo largo de todo este tiempo, que estuvo lleno de peldaños personales que entorpecieron el proceso, pero con el apoyo de ambos, logré superar cada uno de estos; y al fin, después de tantos años, pude culminar este pregrado largo y laborioso.

Carlos Augusto Arredondo Molina

Agradecimientos

A la comunidad del Municipio de Quinchía (Risaralda) por abrir la posibilidad de narrar la memoria como forma de entender el presente.

A la universidad Tecnológica de Pereira, por habernos suministrado los conocimientos que requerimos para desempeñar el rol que asumimos como docentes de forma eficiente.

A las familias que nos acogieron en sus hogares y tuvieron la disposición de contribuir a que sus voces no quedaran silenciadas.

Cuestión de estadísticas

*Fueron veintidós, dice la crónica.
Diecisiete varones, tres mujeres,
dos niños de miradas aleladas,
sesenta y tres disparos, cuatro credos,
tres maldiciones hondas, apagadas,
cuarenta y cuatro pies con sus zapatos,
cuarenta y cuatro manos desarmadas,
un solo miedo, un odio que crepita,
y un millar de silencios extendiendo
sus vendas sobre el alma mutilada.*

Piedad Bonnett

Resumen

El presente proyecto tiene como objetivo el análisis y la construcción de artefactos creativos tales como crónicas a partir de las narrativas locales alrededor del concepto de violencia en el municipio de Quinchía (Risaralda) durante los años 2000 y 2006.

Por tanto, se realizó un segmento investigativo que contribuye a reconocer cómo se ha desarrollado cada uno de los procesos que ha sufrido la ciudadanía en el marco del conflicto nacional. A partir de este análisis surgen narrativas que relatan los hechos y cómo éstas narrativas se les atribuyen variantes para estructurar el relato y poder ser comunicadas.

Por esta razón, se acogió la crónica para transmitir las narrativas por su cercanía con la realidad y porque permite contrastar los hechos durante el ejercicio de construcción.

Palabras claves: Narrativas locales, Quinchía, Risaralda, Violencia, Crónica, testimonios, memoria

Abstract

The objective of this project is the analysis and construction of creative artifacts such as chronicles based on local narratives around the concept of violence in the municipality of Quinchía (Risaralda) during the years 2000 and 2006.

Therefore, a research segment was carried out that contributes to recognize how each of the processes suffered by citizens in the framework of the national conflict has developed. From this analysis, narratives emerge that relate the facts and how these narratives are attributed variants to structure the story and be able to be communicated.

For this reason, the chronicle was used to transmit the narratives because of its closeness to reality and because it allows contrasting the facts during the construction exercise.

Key words: Local narratives, Quinchía, Risaralda, Violence, Chronicle, testimonies, memory.

Tabla de contenido

Introducción	9
Justificación	13
CAPÍTULO UNO	17
La construcción de la violencia en Colombia	17
Un acercamiento a la violencia en Quinchía (Risaralda)	36
CAPÍTULO DOS	49
La crónica como elemento vinculante para narrar la violencia	50
Urbanidad y ruralidad para la construcción de narrativas locales	56
CAPÍTULO TRES	59
Crónicas	59
La noche interminable	59
Días de zozobra	63
Las listas negras	63
La leyenda	65
Uno puede perdonar pero nunca olvidar	67
CAPÍTULO CUATRO	68
UNIDAD DIDÁCTICA: Narrar la memoria	69
Conclusiones	82
BIBLIOGRAFÍA	84

Introducción

El presente trabajo de investigación tiene como propósito construir artefactos creativos tales como crónicas a partir de las narrativas locales alrededor del concepto de la violencia en el municipio de Quinchía (Risaralda) durante los años 2000 y 2006. Buscando con ello, estructurar una visión del conflicto que hubo en dicha época y cómo impactó en la cotidianidad de las personas involucradas en la confrontación bélica.

Es necesario relatar la realidad que ha vivido la sociedad colombiana, sin tapujos y desvelando el dolor que el trasegar de la guerra deja en las personas que se ven involucradas en un conflicto que no les atañe. Aunque es pertinente recalcar que esto se debe a que el país ha vivido sumido en una desigualdad impresionante entre cada uno de los actores que conviven en esta, ya sea en la misma urbanidad o en el contraste que se genera entre la ruralidad y lo urbano. Lo último es lo que se trae a colación en esta investigación y es la gran desigualdad y el olvido al que han sido sumidos el campesinado colombiano, quienes han tenido que vivir el conflicto de cerca.

Aunque es pertinente no dejar de lado que otros trabajos académicos han asumido el reto de exponer la realidad rural, profundizarnos en las entrañas de aquellos lugares olvidados, alejados de lo urbano, tratando de deslumbrar la realidad social que viven las personas que han estado en el olvido.

Partiendo de lo anterior, es necesario visibilizar las palabras que se encuentran en la constitución del campesino “Si bien estos estudios han aportado a nuestra comprensión sobre las capacidades, estrategias y agendas del campesinado colombiano, la literatura poco ha indagado por el relacionamiento de este sujeto con el Estado, salvo pocas excepciones en una agenda de investigación emergente en ese sentido.” (Güiza, 2020).

Por ello, es de vital importancia estructurar relatos que evocan aquellos vestigios que ha dejado la guerra en ellos, que en muchas ocasiones no responden sólo al orden bélico que los noticieros preponderaron en dichas épocas, sino que dichos actos de guerra obedecían también a intereses políticos y económicos. Sumiendo de esta forma a los campesinos a vivir desplazamientos forzosos de los lugares que habitaron por años, que además de ser despojados de sus tenencias materiales, se vieron despojados de su historia, de aquellas narraciones que los constituyeron, siendo obligados a integrarse en otros contextos. Este cambio, los lleva a vivir en un espacio donde las personas que los rodean, desvirtúan sus saberes y los obligan a hacer trabajos que los alejan de la tranquilidad que acostumbraban en sus terruños.

Surge la necesidad de hacer un rastreo de aquellas narrativas y visibilizarlas, puesto que en muchas ocasiones solo se minimiza el impacto y solo se le confiere rótulo de “víctimas de la violencia”, por ello, es necesario que tengan la oportunidad de contar cómo es vivir en aquel fuego cruzado, que no es simplemente retratar ese momento doloroso, ya que dichos enfrentamientos se convirtieron en esa cotidianidad atípica, que se instauró en la sociedad colombiana, la cual se logró reducir drásticamente con cada uno de los procesos que ha vivido Colombia, desde tratados

de paz, hasta la confrontación bélica. Sin embargo, es menester exponer que en muchas regiones la violencia armada, sigue siendo el pilar de su vida matutina.

De allí, que el narrar sea de vital importancia. El texto narrativo tiene la capacidad de otorgar a través del lenguaje al lector o a él escucha, una gran diversidad de historias que han de contribuir a que los sucesos ocurridos no sean contados desde una sola perspectiva. Esto conlleva a que se generen una gran variedad de textos que hablan de una historia, la cual pudo ser vivida por varias personas, pero cada uno forjó una concepción diferente, entregando una gran diversidad de matices al suceso ocurrido. Por ello es, que el narrar se convierte en esa herramienta tan eficaz para deslumbrar la relación que tuvieron los seres inmersos en el conflicto, ya que otorga la capacidad de estructurar aquella historia y dimensionar sus cuatro elementos principales, los cuales son: acontecimientos, actores, tiempo y lugar. (Escalante, 2013).

Es importante resaltar que esta narración va a tratar de edificar una visión de la cotidianidad de los campesinos o habitantes del casco urbano en aquellos tiempos de violencia. Por esta razón, el relato va a ser un diálogo entre la ficción y lo fidedigno: cada narración puede verse distorsionada por el rumor que permea los hechos ocurridos en aquel espacio de tiempo.

Partiendo de lo anterior, surge la obligación de traer a colación lo dicho en el libro *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur (1987), donde sostiene que, en el tiempo narrado, que guía a las personas a elegir entre un relato verídico y ficcional o a combinar ambos para lograr el impacto que están buscando en su cotidianidad.

“Nos guiaremos por la disimetría que se abre entre un relato histórico y el de ficción en cuanto al alcance referencial y a la pretensión de verdad que cada uno de

los grandes modos narrativos. En efecto, sólo el relato histórico intenta remitir al pasado “real”, o efectivamente sucedido. La ficción, en cambio, se caracteriza por una modalidad referencial y una pretensión de verdad próximas a la que he explorado en el séptimo estudio de la metáfora de la vida. Pero el problema de la relación con lo “real” es insoslayable.” (Ricoeur, 1985, p. 45).

A partir de esta cita, se retrata la dificultad que tiene el discernir en lo que es “real”, puesto que la construcción de un relato fidedigno tiene una gran diversidad de estadios, que van más allá de retratar el acontecimiento que está pasando, sino que ese relato, debe estar despojado de cualquier rastro de subjetividad, de la cosmología del autor y otros factores que afectan la objetividad, pero la realidad desvela que es difícil configurar un texto que contenga todos estos parámetros, debido a que el ser humano ha configurado una visión de mundo a partir de los cánones sociales que más le atraigan y se acomoden a su forma de vida.

Sin embargo, no se puede descartar que se pueda lograr esa objetividad o que no se haya logrado en el proceso histórico que ha llevado la humanidad, pero en el caso de este trabajo, no se busca establecer un marco apegado totalmente a los hechos, sino que busca preponderar la visión y la narración que han configurado los actores del contexto social en el que se desenvuelven, sin importar que este haya sido configurado desde el rumor, o que el hecho haya sido transfigurado por el narrador para que fuera más interesante. Lo que en realidad atañe a esta investigación, es retratar la visión del común, sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en su espacio de mundo.

Justificación

Los individuos por naturaleza son sujetos políticos, esto se debe a que están inmersos en una dinámica social que requiere de la interacción con el otro. Forjando, entonces, con ello una dinámica social, que se construye a partir de la interacción con diversos postulados, cosmovisión o visión del mundo que tenga cada persona inmersa en el conglomerado social. Este intercambio de conceptos, muchas veces se construyen a partir de las nociones políticas que tenga el ser humano inmerso en la interacción, que puede forjarse a partir de todas las perspectivas que la persona ha amalgamado a través de su formación social y todas ellas pueden establecer una visión política. Creando, de esta manera, una cadena de intereses, los cuales se comparten con otros y así han de crear un lineamiento político eficiente.

Por esta razón, Colombia ha vivido una intensa guerra a través de los años, que ha suscitado una gran diversidad de conflictos a partir de ideas políticas, las cuales pueden traer progreso, pero a la vez también pueden originar un sectarismo que impone modos de vida demasiado cómodos para algunos sectores. Sin embargo, esta comodidad se gana subyugando a los otros, quienes por su parte se sienten oprimidos y se ven malgastados por las políticas que aplican dichos componentes sociales.

El ser humano se construye a través de todos estos componentes, puesto que aquellos lo forman un constructo cultural (ya sea para bien o para mal) y permite que se reconozca en la medida que narra la realidad que habita, pero también a través de la transformación que realiza de las narrativas que ha heredado por medio de la cultura.

“Entender la narrativa implica la posibilidad de “objetivación”. Es decir, implica lograr el distanciamiento del propio discurso y de los otros discursos para poder pensarlos no ya enmarcados desde la intención psicológica de quien lo emite sino en la búsqueda de sentido más allá del propio sujeto, a la manera de un texto escrito que logra la independencia de su autor.” (Escalante, 2013).

Un pueblo se constituye como una comunidad política que tiene la capacidad de proyectar su historia y de ejercitar su memoria para construir sus propios significados de mundo. A través de este proceso también se acrecienta la idea de forjar una identidad, pero esta va a estar mediada por los diversos moldeamientos que realiza los gobiernos de turno, quienes no están centrados en rehabilitar los territorios afectados por la guerra, más bien utilizan la misma como un instrumento eficaz para perpetuar sus ideales.

A pesar de que estas narrativas están constituidas para preservar la memoria histórica de las personas, muchas veces se intentan abolir por los aparatos culturales o del estado que quieren reprimir ciertos momentos y dejarlos consumir en el olvido. De allí que sea importante diferenciar entre la narrativa estructurada para afectar la psicología de las masas o aquella que está realmente enfocada en preservar la memoria histórica que tanto necesitan las personas que forman parte de un conglomerado social.

Por lo tanto, es importante rescatar la memoria de aquellos seres que no tienen voz, quienes también se van sumergiendo en esa conducta de masa que los lleva a querer reprimir ese recuerdo caótico y denso que distorsiona su realidad. Por ello, prefieren acogerse a esos discursos que se han estructurado para mantener a los

seres inertes ante su realidad. Por todo lo anterior, sobresale la frase encontrada en el libro *La psicología de las masas*:

“Nuestros actos conscientes derivan de un substrato inconsciente, formado sobre todo por influencias hereditarias. Este substrato encierra los innumerables residuos ancestrales que constituyen el alma de la raza. Tras las causas manifiestas de nuestros actos se encuentran causas secretas ignoradas por nosotros. La mayoría de nuestros actos cotidianos son el efecto de móviles ocultos que se nos escapan.” (Le Bon, 1895).

Se infiere que muchos de los comportamientos que el ser humano va adecuando a su cotidianidad están supeditados a una narrativa que distorsiona su realidad. El hombre, pues, se convierte, en el resultado de las acciones sociales que establecen entes gubernamentales para perpetuarse en el poder y en ese ejercicio continuo, logran repercutir en las personas, quienes de tanto tenerla escuchar aquellos relatos, olvida su propia historia y comienza a adoptar las falacias que va consumiendo por medio de su entorno, el cual se ve desvirtuado por aquellas vallas, afiches o mensajes que inculcan en la voz populi de las personas, por medio de los medios de comunicación.

Así pues, la presente investigación busca construir una memoria histórica alrededor del concepto de violencia en la comunidad del municipio de Quinchía (Risaralda) a través de la escritura de crónicas, que permita narrar los hechos violentos que se desarrollaron en el municipio durante los años 2000 y 2006. Reconociendo que la historia, puede dotar a las futuras generaciones esa visión de la realidad que muchos desean ocultar, o simplemente es demasiado doloroso traer de

nuevo aquellas reminiscencias que se desea dejar en aquel rincón oscuro de nuestra mente:

“Aunque la necesidad y obligación de mantener el recuerdo y la verdad de los hechos significa un nuevo dolor para los sobrevivientes, cuya vida está marcada para siempre por tan siniestra experiencia, se considera un mecanismo de impedir que este tipo de hechos vuelvan a repetirse”. (Zapata, 2015).

Pero que está presente en nuestra realidad social. Reconociendo que el proceso semiótico ha estructurado una gran variedad de símbolos que constituyen como aquellos recuerdos que deben estar sumidos en el olvido en el caso de las víctimas, pero son ellos mismos los que estructuran una visión apegada a los hechos que ocurrieron en sus comunidades o veredas.

Es de vital importancia construir un conglomerado de conceptos, que estén inmersos en una crónica, ya que se construye una lectura del presente y se visibiliza, de esta manera, la tradición de las narrativas locales del municipio que son una fuente para narrar la violencia y que no han sido reconocidas como fuentes para entender el conflicto social en este lugar geográfico particular.

CAPÍTULO UNO

La construcción de la violencia en Colombia

Hacia el año 1963 el historiador inglés Eric Hobsbawn (2003) visitó Colombia y comenzó a relatar en sus memorias las impresiones de una realidad de un país que se confrontaba en su interior. Escribió: “La oleada de guerra civil denominada ‘La Violencia’, habiendo comenzado en 1948, se consideraba oficialmente concluida largo tiempo atrás, y sin embargo causó 19.000 víctimas en ese año tranquilo de 1963”.

Así pues, se presentó una fragmentación de la sociedad colombiana después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, que se prolongó hasta la actualidad. De esta manera, la sociedad colombiana fue testigo del síndrome violento en el sistema social y político. El país vive un conflicto armado desde 1960 que se prolongó y comenzó a reunir más fuerza. El conflicto entre liberales y conservadores generó las guerrillas y los paramilitares como una prolongación de la ruptura social.

A partir de este hecho, la sociedad colombiana comenzó a tener unos estadios definidos, los cuales sirvieron para confrontar el poder y el pueblo, en una lucha que ha dejado un caudal de cadáveres, quienes vieron asaltadas sus vidas prematuramente, sin dejar que estos se desarrollaran plenamente. Por ello, el país ha visto cómo han muerto políticos, periodistas y personas, tanto inocentes, como involucradas en dichos actos de violencia.

Esto conlleva a pensar que vivir en Colombia, es estar sujeto a un poder que se vale de todos sus instrumentos para perpetuarse. Siendo la violencia uno de los pilares, puesto que en gran medida logran dividir el país, instaurarlo en una diversidad

de polos, los cuales tienen intereses definidos, sin embargo, es innegable que el poder empresarial y los sectores individuales son los que más se ven beneficiado con esta lucha, debido a que ellos han estructurado una gran cantidad de estrategias para obtener ganancias de estos hechos, que desangran y degradan al ciudadano común.

Por esta razón, es que la sociedad colombiana ha vivido épocas de zozobra, pues se integran una gran diversidad de factores, como el inconformismo, las ansias de proseguir en el poder, la desigualdad social y el olvido estatal. Todo esto sumado conlleva a que el filamento genere una explosión que deja una gran diversidad de problemáticas sin resolver, pero lo más grave, siempre va a girar en torno a la muerte, el secuestro y el desplazamiento. Concepto que involucra a las personas, lo cual a sido determinante para que se presente un debilitamiento social.

El narcotráfico, también ha jugado un papel esencial al momento de acrecentar aquellas disputas, esto se debe a que muchos grupos armados cambiaron su visión política y comenzaron a buscar medidas para obtener ganancias monetarias a partir de sus estructuras, a pesar de que habían concebido un constructo guiado a consolidar una idea política. Esto llevó a que se buscarán métodos para saciar las necesidades inmediatas que tenían como organización, pero en este transcurso de tiempo, han desvirtuado los fines que tenían al momento de acoger las armas como método de lucha, conllevando a una traición notoria aquellos principios que tenían los conglomerados sociales que representaban.

De allí que Colombia se viera envuelta en una gran diversidad de problemática, que devinieron de la consolidación de este nuevo “negocio”, el cual se posicionó con la aparición de Pablo Escobar, persona que logró transfigurar el panorama social, ya

que fue capaz de integrar el quehacer político con el delictivo, forjando una estructura que tenía como fin acabar con el poder e instaurar lo que él consideraba óptimo.

A pesar de que Escobar fue la figura más prominente en aquella época, no fue el único, puesto que comenzaron a surgir otros carteles, de los cuales algunos se mantienen o se han transformado en la contemporaneidad. Sin embargo, es preciso resaltar que aquellos carteles se unieron, lo cual conllevó a que se estructurara un grupo, llamado los extraditables, que cambiaron la noción de violencia en la sociedad colombiana.

La violencia pasó de ser una confrontación política y cotidiana, a ser un instrumento de las organizaciones al margen de la ley. Otorgando una nueva visión de esta, porque el terrorismo comenzó a dispararse y el secuestro comenzó a efectuarse como una de las herramientas más efectivas para someter al poder estatal, pero también a las personas que estaban inmersas en la urbanidad, quienes en gran medida tuvieron que presenciar hechos de sumamente lascivos, que deforman el concepto de humanidad que la sociedad ha forjado.

Por lo tanto, la sociedad colombiana se vio asaltada por el terror que se vivía a diario en las calles o veredas de la geografía colombiana, quienes visualizaban por los medios de comunicación y los hechos que estaban comenzando a posicionarse como un acto natural dentro de la mecánica social.

Así pues, en la obra de Gabriel García Márquez titulada *Noticia de un secuestro*, se puede deslumbrar estos actos de violencia de la siguiente manera:

“La única versión conocida de la visita del padre García Herreros a Pablo Escobar fue la que dio él mismo de regreso a La Loma. Contó que la casa

donde lo recibió era grande y lujosa, con una piscina olímpica y diversas instalaciones deportivas. En el camino tuvieron que cambiar de automóvil tres veces por motivos de seguridad, pero no los detuvieron en los muchos retenes de la policía por el aguacero recio que no cedió un instante. Otros retenes, según le contó el chofer, eran del servicio de seguridad de los Extraditables.” (García Márquez, 1996, p.80).

En esta obra el lector se encuentra con ese cambio que tuvo la violencia, pero también en cierta medida como los delincuentes y el Estado fue cediendo al poder que fue adquiriendo estas personas, quienes no dudaban en utilizar cualquier medio violento para perpetuar su poder.

En la novela también se puede observar el giro que tuvo la violencia y como está se fue acomodando a la cotidianidad de las personas, debido a que comenzaron a acostumbrarse a las modalidades que estaban aplicando y cómo éstas otorgan, ya sea como una nueva posibilidad o el fin perpetuo. Escribe el autor: “La noticia de un secuestro, por dura que sea, no es tan irremediable como la de un asesinato, y Hernando respiró aliviado. «¡Bendito sea Dios!», dijo, y enseguida cambió de tono: -Tranquilos. Vamos a ver qué hacemos.” (Márquez, 1996, p.90).

Aunque el secuestro y el desplazamiento trae consigo la incertidumbre, pues el ser humano no sabe cómo se va a desarrollar su vida en el nuevo contexto, que se vieron obligados a afrontar, ya sea privado de su libertad o privado de vivir en aquel lugar que le brindaba aquellas posibilidades de salir adelante.

“Durante el acto del secuestro se escribe que los primeros momentos, las primeras horas, los primeros días, son muy difíciles de sobrellevar porque prima la angustia, el estupor, el miedo, la desesperación; pero siempre se mantiene la

esperanza de que el ser querido sea devuelto pronto. El desplazamiento forzado de la población civil es una de las consecuencias más graves del conflicto armado colombiano, constituye un problema de derechos humanos y humanitarios, y desde mediados de los años 80 está agudizando en forma acelerada aún más los procesos de recomposición sociodemográfica.” (Rodríguez, 2002).

Por lo regular, las personas tratan de evadir el tema, ya que es algo demasiado doloroso para ir relatando, pero así fue la realidad de muchos colombianos, quienes se vieron sometidos a vivir en estas circunstancias atípicas para el ser humano. Quedando inmerso en un entorno que es sumamente agobiante y desgastante, que conlleva a que, quién lo viva se vaya deconstruyendo con el paso de los días, pero a la vez trata de construirse nuevamente, sin embargo, las secuelas aún están vivas en el ser y para algunos la muerte hubiese sido lo mejor.

El secuestro constituye una problemática que va más allá del hecho efectuado, debido a que hay todo un panorama que distorsiona la cotidianidad de las personas involucradas en dicho suceso. Esto se debe a que las personas involucradas, tanto el secuestrado, como la familia que vive un proceso, se va deteriorando su confianza, esto va desde las personas que lo rodean en el contexto social, hasta el entorno que viven, ya que sus relaciones personales con otros miembros de la familia o personas allegadas no van a ser igual.

Lo anterior y de acuerdo con los rasgos que genera el secuestro en las víctimas del conflicto armado continua Rodríguez (2002) a propósito del daño psicológico que genera y repercute a su círculo:

“Se evidencia en una serie de efectos psicológicos tanto en el secuestrado como en la familia después de la liberación. Así, cuando el ser querido regresa

se experimenta una alegría inexplicable, aparece la sensación de incredulidad y la necesidad de corroborar de que no es un sueño. Para el secuestrado es el reencuentro con su mundo, su familia, sus amigos, su casa, sus cosas; es el mundo del cual un día fue arrebatado y del que desde hace varios días no sabía nada, lo cual se manifiesta en que puede sentirse extraño y desacostumbrado a situaciones o cosas que antes del secuestro eran rutina (la ciudad, el ruido de los carros, la gente, entre otros).” (Rodríguez, 2002).

A pesar de ello, se logra inferir que la persona que es privada de su libertad, tiene una cantidad de tiempo exagerado, que solo ellos logran concebir, puesto que es muy difícil para una persona que no haya sufrido dicho flagelo, imaginarse cómo puede disponer del tiempo que tiene, como hacen para no perder la razón. También, si en algunas ocasiones fueron sometidos a un aislamiento preponderante, el cual lo fue conduciendo a un aislarse particular, que lo ayudará a transformar el suceso que estaba viviendo.

Es preciso recalcar que este término comenzó a surgir en la sociedad colombiana a mediados del siglo pasado y comenzó a ser la estructura óptima para muchas organizaciones, tales como los bandoleros, quienes lo utilizaban para efectuar sus mecanismos de represión y obtención de bienes que servirían para imponer sus intereses. Los grupos armados, comenzaron a efectuar estos secuestros de forma sistemática para ejercer presión en el medio, de allí que el secuestro desde mucho antes de la aparición de los carteles ya se ejecutaba como herramienta para ejercer presión en el medio nacional y constituía tal vez una de las fuerzas más efectivas para desconfigurar el poder social.

“En el año de 1965 tuvo lugar un caso bastante sonado. El industrial vallecaucano y ex-ministro Harold Eder –padre de la niña raptada en 1933- fue secuestrado en su finca. La palabra secuestro ya hacía parte de la terminología de los medios de comunicación, se percibía el incidente como un atentado a la seguridad nacional y la respuesta de las autoridades no fue policial sino militar. La dimensión política de este incidente se confirmó con la atribución de responsabilidad al grupo comandado por Manuel Marulanda Vélez, alias Tirofijo, del cual surgirían un año más tarde las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Así, aparecía de manera clara la finalidad del secuestro como método de financiación de la lucha subversiva, una práctica que no tardaría en consolidarse.” (Rubio, 2003).

Con la cita anterior se logra evidenciar que el secuestro se convirtió en una de las armas óptimas para someter a las personas, pero a la vez para financiar los procesos que llevaban a cabo los grupos armados, quienes necesitaban tener una fuente de ingresos permanente y que otorgará esa capacidad monetaria que les hacía falta para sostener el grupo.

A pesar que el secuestro comenzó a dividirse en ambas partes, tanto a nivel urbano, como rural, en un principio se pudo evidenciar que las personas más afectadas por este flagelo, fueron los que estaban ubicados en el campo, exactamente en las zonas cafeteras y ganaderas, ya que muchos grupos armados comenzaron ver el crecimiento económico que estaban teniendo estos sectores de producción agrícola y por ende, de forma estratégica fueron atacando la ruralidad para lograr obtener esos ingresos que tanto necesitaban.

Con la aparición de otros grupos armados, los cuales se fueron trasladando al casco urbano, comenzó aparecer continuamente en la cotidianidad de las personas que se encontraban en las ciudades.

“La vinculación de Tirofijo, líder de las FARC, con un temprano y notorio incidente, el hecho que ya desde la conferencia constitutiva del grupo en 1966 se creará una comisión financiera nacional y se aprobará recurrir a “otras fuentes de financiación” diferentes de la ayuda económica de las masas; la circunstancia probablemente coincidencia- de que cuatro de los seis destacamentos guerrilleros que se organizaron en esa conferencia se concentran en el Quindío, precisamente la zona en dónde se reportan para el país los incidentes más tempranos de secuestro rural; la escasez de testimonios sobre discusiones internas acerca de la conveniencia de entrar o no en esa actividad y alguna evidencia dispersa sobre antecedentes de los secuestros masivos, sugieren que las FARC practicaron el secuestro desde sus inicios. Por las características de las víctimas –agricultores y ganaderos-- la delimitación entre el secuestro, la extorsión, y las contribuciones voluntarias era difusa. Para el Ejército de Liberación Nacional (ELN), por el contrario, sí se habrían presentado reticencias iniciales para financiarse de esa manera. La práctica se habría adoptado solamente al venir legitimada por otros grupos desde el exterior, a finales de los años sesenta. El Movimiento 19 de Abril (M-19), por su parte, que según algunos testimonios financió la peculiar campaña publicitaria con que se lanzó a la vida pública con el producto de un plagio y fue el más activo importador de las técnicas de secuestro urbano, no se destacó posteriormente por la práctica de la actividad a gran escala.” (Rubio, 2003).

El secuestro comenzó a adoptar prácticas que se efectuaban en el extranjero, con la aparición del M-19, la cual de forma sistemática comenzó a integrar prácticas que utilizaban otras guerrillas, como fue el caso de los tupamaros en Uruguay y otras organizaciones argentinas, las cuales innovaron los métodos para realizar estos secuestros. De allí, que se presentarán cada vez más casos de esta índole para lograr acuerdos políticos, ya dejó de ser ese estímulo que recibían para financiar su lucha, sino que también contribuyó a volver en ese bastión capaz de atraer una gran diversidad de bienes, lo cuales servirían para posicionarse en el poder.

Ya se trataba de una forma de someter al poder estatal y estas prácticas las fueron adoptando otros grupos al margen de la ley, como se pudo observar previamente, como fue el narcotráfico y los grupos armados al margen de la ley, fue convirtiendo en un sistema más complejo, el cual se comenzó a instaurar como una nueva forma de ataque, el cual se fue transformando continuamente y fue tomando una figura más violenta, debido a que fue una forma óptima de hostigamiento, tanto estatal, como social. Cada organización iba acotando una nueva perspectiva a este flagelo, ya que creaban o adoptaban prácticas realizadas por otros sectores.

Por esta razón, desde el año 1993 se comenzó a instaurar un marco legal que fuese más estricto, porque este hecho, que estaba evolucionando rápidamente, necesitaba un marco legal que se fuera acomodando a las exigencias que estaba demandando y de allí que se originarán una gran variedad de castigos, que fueran óptimos para que los ataques de esta índole fueran cesando y tuvieran un castigo acorde al daño que se puede evidenciar en las personas.

“La sociedad colombiana dentro de sus esfuerzos para contrarrestar y sancionar a quienes emplean el secuestro como método para causar o infringir

daño y a su vez captar dineros, para el año de 1993 sancionó el estatuto nacional contra el secuestro (Colombia, 1993) configurándose en la norma que suministra las herramientas e instrumentos para actuar en contra del flagelo del secuestro; de esta manera se generaron la Ley 40 de 1993, Ley 282 de 1996, Ley 365 de 1997, Ley 599 de 2000, Ley 733 de 2002, Ley 1200 de 2008 y la Ley 1453 de 2011 como evolución normativa ante el delito de secuestro.” (Hernández, 2017).

Este flagelo conforme fueron pasando los años fue tomando tornándose más crudo y se convirtió uno de los artefactos para someter a la sociedad, de allí que a partir del año 2000, se viviera una época donde esta modalidad se convirtió en algo sumamente lascivo para la sociedad, ya que las personas comenzaron a convertir este hecho como algo normal y la repercusión que este tenía en la cotidianidad dejó de perder esa atipicidad y comenzó a verse como ese algo natural, porque las personas comenzaron acostumbrarse a las noticias de esta índole y dejaron de ver esto como algo nuevo.

Se logran evidenciar secuestro desde las esferas políticas, militares y personas del común, quienes se veían retenidas de su libertad en los caminos que conducían a su hogar y muchas veces eran desaparecidos, conllevando a que nunca más fueran encontrados por sus familiares, quienes hasta el día de hoy guardan la esperanza que estas personas vuelvan o que estén en un lugar mejor. Esto lleva a pensar que la violencia no le arrebató al ser humano simplemente la vida, sino que acaba con sus cimientos desde un nivel emocional, hasta su posición con el entorno que lo rodea.

Ahora es necesario retratar una conceptualización sobre el desplazamiento, artefacto que constituye una historia central de este trabajo, pues las personas que

son sometidas a este flagelo, no pierden simplemente su espacio en el mundo, también pierden una pequeña parte de sí mismo, ya que a pesar de que logran superar este suceso desagradable, no son capaces de mirar atrás sin que los invade una nostalgia desmedida, la cual los lleva a reprimir en el fondo de sus vivencias este acontecimiento, que deformó su relación con el espacio y los sometido a un cambio abrupto del entorno.

Debido a que es sumamente diferente, estar inmerso en un espacio rural y cambiar de forma repentina a un contexto urbano, el cual es más rápido y bullicioso, pero lo más cambiante es la obtención del alimento, porque deja de ser importante el hecho de sembrarlo para tenerlo a la mano o si el dinero escasea, puede recurrir a esa planta, que le brinda aquel “revuelto” tanpreciado, en esta nueva dinámica de mundo, debe tener a la mano siempre una cantidad de dinero para comprar ese plátano que tanto abunda en su espacio de mundo.

Por todo esto, es que deviene la tristeza, ya que el tedio de estar quieto constantemente, de no poder salir porque no está acostumbrado al trato descortés y despersonalizado que se vive en la ciudad, el encierro, tener que hacer trabajos a los que no están acostumbrados y muchos otros factores que insertan esa melancolía por estar lejos de su terreno. Por esta razón, es importante realizar un marco conceptual sobre el desplazamiento, el cual fue masivo y destruyó la relación que tenían las personas con sus terrenos, puesto que dejaron ese espacio que les brindaba una estabilidad económica y emocional.

Cabe resaltar que este fenómeno es acatado por las instituciones colombianas de control estatal, de forma tardía, ya que a finales del siglo pasado comenzaron a surgir instituciones y leyes que contribuyen a evitar y tratar las personas que se veían

sometidas a este hecho. “En 1995 surge el Programa Nacional de Atención Integral a la población desplazada por la violencia (CONPES, 1995), y un año después se aprueba la Ley N° 15, que contempla las estrategias de Prevención, Atención, Protección y Rehabilitación para los desplazados internos en Colombia. Luego, son redactados los Principios Rectores de los Desplazamientos Internos en Colombia (Defensoría del Pueblo y ACNUR en 2000), los cuales representan el punto de partida de este proceso de investigación.” (Aristizábal y Palacio, 2003).

Aunque es pertinente recalcar que este hecho se intensificó en los periodos más sangrientos de la histórica colombiana, por lo tanto, no es un fenómeno nuevo en la sociedad, pero fue tomando una connotación de sometimiento por la época más cruda del conflicto colombiano, el cual se comenzó a intensificar en el periodo del 1990, hasta el 2008, pero esto no quiere decir que en la actualidad no se siga presentando este hecho, la cantidad de personas desplazadas, por el motivo que sea, sigue siendo aún muy alto en el conglomerado social de Colombia.

“Al dolor producido por los hechos previos al desplazamiento, al sufrimiento que causa el abandono de bienes, lugares, sitios sagrados y seres preciados, se suman las experiencias propias del arribo a entornos desconocidos, muchas veces hostiles y en precarias condiciones económicas. Así narran habitantes de El Salado su experiencia: ¿Cómo fue la vida de ustedes en la situación de desplazamiento? Mala. Yo no me pude amañar en la ciudad, siendo estábamos juntos establemente, porque ellos [los hijos] nunca se han alejado de nosotros, nunca, pero yo no me hallaba conforme dónde estaba, porque todo el tiempo yo he sido mandado de yo mismo, todo el tiempo fui mandado de yo mismo, hacía lo que podía y vivíamos así en esa forma, les

di a ellos hasta donde pude, a todos siete, nunca nos vimos guindándole a nadie, teníamos nuestros animalitos, de eso vivíamos, sabroso, y yo me daba de cuenta que ya en la ciudad ellos trabajaban todos, yo no voy a decir que estaba trabajando, ya llegaban todas las quincenas y yo pedir, no joda, eso sí me partía el alma, yo asentado ahí, ellos tenían que, yo no sufría tanto porque estuviera, “si se vuelve a retornar, yo me voy para El Salado”, esta no es la vida que yo busco, no he matado a nadie para estar encerrado establemente, porque establemente uno permanece sentado, yo, en la forma que sea, me tengo que retornar para El Salado [...]” (Informe General Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Desde un plano psicoanalítico, es importante resaltar que las personas desplazadas sufren un choque emocional de gran envergadura, puesto que su visión de víctima se transfigura y pasa a configurarse por el hecho de dejar aquel espacio de mundo que lo está deformando como ser humano.

De allí, que pasen de ser las víctimas del conflicto, a ser personas que dejan ese estado y buscan una solución a la problemática que los está aquejando, porque ya no quieren seguir sufriendo este flagelo en su diario vivir, el cual los va desgastando constantemente y los va sumiendo en una gran diversidad de conflictos, tanto externos, como internos, que conllevan a que deforme su relación con el yo y su entorno social. Este conflicto es sumamente difícil de superar, ya que el ser humano suele configurar un modelo de vida, por lo tanto, este suele ser muy complejo de dejar atrás, ya que se ha convertido en esa guía tan necesaria para las personas que tienen una relación estrecha con el entorno que lo rodea.

“Esto pudo comprobarse en los casos en que los sujetos a pesar del recrudecimiento de la violencia permanecieron en sus regiones sin realizar acciones o tomar decisiones que les permitieran salir de la pasividad e impotencia en la que se encontraban ante los actores violentos; de manera que se vieron expuestos de modo directo al accionar violento, y esto empeoró su estado psicopatológico.

Pero otros sujetos con iguales antecedentes psicopatológicos encontraron cómo salir de esa posición de víctimas y preparar el acto de desplazarse como medida preventiva, y no presentaron un agravamiento de su estado luego del desplazamiento. De este modo, se observa que la preparación del desplazamiento y la asunción de este acto atenúa los efectos desestabilizadores, lo cual confirma lo establecido por Arias y Ruiz.” (Aristizábal y Palacio, 2003).

Esto conlleva a pensar en el entorno que se han visto sometidos a padecer diariamente, dado a que los grupos armados plantean una dinámica de vida que somete a las personas a tener dinámicas estandarizadas, rodeadas por el miedo y la muerte, que trae consigo el rumor que se convierte en un artefacto óptimo para someter a las personas a través de amenazas que en muchas ocasiones solo representan una forma de sometimiento, sin embargo, este rumor puede representar la muerte injusta de una persona, ya que puede ser alineada con un grupo determinado.

Por lo tanto, determinan acoger medidas para acallar esa voz que puede representar un peligro para sus intereses inmediatos, pero en algunas ocasiones, aquellas personas acusadas han sufrido del poder que tiene el posicionamiento de un

relato ficcional, el cual transfigura su realidad y lo lleva a conformar otra que está alejada de los estándares que ha codificado para el desarrollo de su vida social.

Por otro lado, están las masacres efectuadas, pues éstas instauran un terror en las personas afectadas, que ven en el avance de las mismas, una amenaza para su vida, por este marco, es que el desplazamiento se convierte en una opción viable y que puede constituir el preservar la vida, la cual se ve amenazada constantemente por hechos de esta índole.

“La experiencia vivida por la mayoría de las personas muestra que el desplazamiento no es un evento que empieza o termina con la salida o la huida forzada, es un largo proceso que se inicia con la exposición a formas de violencia como la amenaza, la intimidación, los enfrentamientos armados, las masacres y otras modalidades. La salida está precedida de períodos de tensión, angustia, padecimientos y miedo intenso, que en algunos casos son los que llevan a tomar la determinación de huir. Así ocurrió en el caso del municipio de San Carlos, que podría generalizarse para otros contextos en los que, campesinos expuestos al conflicto fueron obligados al desplazamiento: la guerra erosiona su mundo. La presencia de los armados quebranta las certezas y rutinas que sustentan la cotidianidad conocida de las víctimas, por lo que “marcharse es así para algunos un intento de reapropiación del proyecto de vida que les ha sido enajenado por los actores armados”. (Informe General Grupo de Memoria Histórica, 2013).

Las personas sufren intensamente, pero este sentir se puede ir calmado día tras día, por el hecho de que salieron de aquel lugar que tal vez iba a representar una muerte inmediata para ellos y sus familiares, pues la guerra no discrimina a nadie, su

sed de sangre comienza permear a todos los habitantes del espacio que comienza a devorar rápidamente. Por esta razón, se evidencia que en muchas ocasiones las personas sienten alivio cuando huyen de su tierra, sin embargo, el cambio de contexto conlleva a una gran variedad de problemáticas, las cuales no tenían cuando estaban en su porción de tierra, ya que la dinámica urbana tiene un matiz totalmente diferente a la que se vive en la ruralidad.

De allí, que se desvirtúen muchos de los procesos que realizan, debido a que no están acostumbrados al trato indiferente y que en muchas ocasiones es imponente. Todo este conglomerado de circunstancias va deteriorando la relación que tiene el desplazado con el nuevo entorno, el cual le es ajeno y le cierra constantemente las puertas, porque las exigencias que tienen son diferentes, conllevando a que sus conocimientos no sean valorados y sean denigrados a labores que no saben ejecutar de forma ideal, pero el ansia de sobrevivir y contribuir a su familia los lleva a realizar. Por ello, es importante recalcar, que los adultos mayores, son las personas que más sufren al momento de dejar sus terruños, muchos han terminado muertos, puesto que no son capaces de integrarse al nuevo sistema que les ha planteado la cotidianidad, esto se evidencia en muchos casos, o, simplemente deciden quedarse en su territorio y resistir la guerra desde su parcela, ya que es el medio más propicio que poseen para salvaguardarse de la lucha armada, entre entes invasores, quienes nada tienen que ver con ellos, sin embargo, poseen el poder para alejarlos de ese lugar tanpreciado para cada uno de los habitantes de estos espacios.

“Los adultos mayores son quienes, por lo general, resienten con mayor intensidad la salida forzada, al punto que algunos prefieren afrontar los riesgos y quedarse en sus lugares de origen. Los que no pueden hacerlo sufren la

experiencia como un profundo desarraigo, pues cuentan con pocos recursos físicos o cognitivos que posibiliten la adaptación. El deterioro de la calidad de vida, los cambios de clima, de alimentación y de hábitos causan enfermedades y acrecientan la sensación de vulnerabilidad e inestabilidad. Sin coordenadas ciertas y conocidas, las personas quedan a la deriva. Ni los paisajes ni las costumbres ni los sonidos ni los colores ni los olores les resultan familiares.”

(Informe General Grupo de Memoria Histórica, 2013)

La perspectiva del mundo cambia totalmente, el simple cambiar el canto de un pájaro en la madrugada, por el atronador sonido de un automóvil, ya representa una gran variedad problemáticas que distorsionan la visión de mundo que traen consigo las personas que se han visto sometidas a estos cambios tan abruptos. Ahora no deben enfrentarse a los cambios naturales que otorga la ruralidad, como lo son, el denominado “monte”, que se va apoderando de las parcelas de tierra, es cambiado, por un mar de carros transitando por una avenida, cubierta de concreto. El ser humano es capaz de adaptarse, al fin, es un ser de costumbres, pero la nostalgia y el golpe contundente que esto origina en la psiquis es sumamente dañino y va corriendo la emocionalidad de las personas, quienes son saqueadas de lo que para ellos constituye su mundo.

Ahora bien, *La violencia en Colombia* realiza una lectura minuciosa del pasado en el país, direccionado desde el paradigma de la violencia y su repercusión social en el desarrollo histórico. A través de un análisis sociológico profundo construye una visión donde explica claramente el pasado hacia una proyección del futuro. Impera, en esta forma de tratar los temas, una ruptura de los cánones que ha establecido la historia y

lo hace mediante una reconstrucción novelada de la realidad, es decir, ensambla la ficción a partir de elementos históricos.

Guzmán Campos reconoce que se aleja de las convenciones establecidas y propende, en este caso, a narrar la violencia desde otras posibilidades, sin dejar a un lado “la escueta enumeración de crímenes nefastos o de fácil casuística lugareña” (Guzmán, *et al.*, 2005, p. 37). Hay una lectura objetiva de los hechos. En esa medida nutre los hechos con la riqueza del testimonio para crear una atmósfera del suceso que va desde lo real y se alimenta de la memoria.

Así pues, el testimonio ha permitido narrar la violencia en Colombia como una forma de prolongar la memoria. Encontramos, además, libros como *Las guerrillas del llano*, de Eduardo Franco Isaza, que narra su experiencia como testigo y como participante del grupo guerrillero de los Llanos Orientales entre los años 1947 y 1953. Vivió la época del reconocido guerrillero Guadalupe Salcedo con quien sostuvo una correspondencia que permitía conocer las versiones del grupo gaitanista ante la presencia del Estado en esa zona del país.

Encontramos, en contraposición, un corpus de literatura testimonial como *Las balas de la ley*, publicada en 1954, del policía conservador Alfonso Hilarón Sánchez, que se escribe desde la orilla de la institucionalidad. Es el testimonio de un sargento de la policía en una época de la violencia bipartidista en Colombia. Narra sus crueldades a través de fuertes imágenes que perduran en el imaginario de las personas que sufrieron en primera persona el conflicto.

Hay, desde luego, en los testimonios que se narran unas tensiones porque se cuenta desde las posturas individuales, subjetivas; hay un sumario de vivencias que suman a la estructura del relato y lo posicionan en una corriente, en este caso, desde

orillas liberales, conservadoras y de la institucionalidad. Las versiones de los hechos se construyen, como las narrativas, desde lo individual, pero con elementos que pertenecen al colectivo como la historia y sus variantes.

Un acercamiento a la violencia en Quinchía (Risaralda)

Acercarse a los hechos históricos que han rodeado a un pueblo que se ha caracterizado por estar inmerso en acontecimientos de carácter violento, permite al investigador sumirse en una gran variedad de relatos que son transmitidos con la desconfianza que genera la guerra. Se narra desde una oscuridad, desde un anonimato, para no quedar retratados como testigos de los hechos. Algunos han logrado ser documentados en los anaqueles, pero muchas voces se pierden en el anonimato, ya que el miedo a la muerte, aún está presente en Quinchía (Risaralda). Para muchos, la guerra aún no acaba y siguen siendo acechados por aquella bestia invisible que se perpetúa en la soledad que ofrecen los caminos rurales, denominada violencia, la cual comienzan a invadir todos los espacios, desde el anonimato de lo rural, hasta la tranquilidad que brinda el espacio urbano. Persiste, cabe anotar, la incertidumbre de que la violencia renazca en su tierra. Así pues, para acercarnos a los hechos violentos de Quinchía (Risaralda) es necesario acercarnos a su historia.

“El día 28 de marzo del año 1948 los conservadores deciden invadir el casco urbano del municipio, teniendo como desenlace la muerte de 6 campesinos. Este hecho suscita el inicio de un conflicto prolongado, debido a que los campesinos se identifican como liberales y al verse sometidos optan por responder con la misma violencia. Este hecho desencadenó la ola de violencia que vivió el pueblo por años sucesivos, pues la gestación de las guerrillas liberales que estaban lideradas por “Capitán venganza”, comenzaron a combatir contra sus hostigadores.” (Zapata, 2015).

A partir de esta fecha, la violencia se tomó los caminos rurales y urbanos de Quinchía (Risaralda), desplegando una secuencia de horrores. Las personas se

vieron obligadas a acoger en su cotidianidad cada uno de los hechos que se desarrollaban en su entorno social. El miedo constante se convirtió en una herramienta óptima, que los grupos armados lograron acoger para someter a las personas que estaban fuera del conflicto. No tenían ninguna especie de “héroe” que llegase a salvarlos, puesto que, si ayudaban alguno de los grupos, eran tratados como colaboradores, por el otro, eran vistos como ayudantes del ejército y esto podía acarrear consecuencias de un tinte tan macabro, que desvirtúa la noción de preservar la vida en su totalidad. Los asesinatos comenzaron a diezmar familias, ya que algunas decidieron resistir y tratar de sobrevivir como pudiesen a las acometidas de los violentos, pero la resistencia se sofocaba y llegaba al punto de hacer abandonar a las personas su propia tierra.

Muchos lograron sobrevivir a esta barbarie: en las cantinas o en los parques se logró oír aquellos rumores, verdades o ficciones que las personas crean a partir de un hecho tan estruendoso como lo es la guerra. Dos de los símbolos que más sobresalen son: “Capitán Venganza” y “Leytón” (Jesús Becerra Chiquito) (Zapata, 2015). Surgen como dos figuras cargadas de dos connotaciones distintas. Por un lado, el “Capitán Venganza” representa para los lugareños un ser que luchó por el pueblo, tratando de salvarlo de los asedios constantes de sus enemigos, quienes llegaban a usurpar los bienes que ellos mismo producían. Fue concebido como una especie de Robin Hood para las personas, que en muchas ocasiones le quitaba al rico para luego otorgar los bienes que lograba recolectar a las personas más pobres del pueblo.

Por otro lado, está la figura de *Leytón* que representó el lado más violento de la guerra. Su figura trae consigo miedo y aún en la contemporaneidad lo despierta, debido a que su forma de someter al pueblo era a través del asesinato, el secuestro, el desplazamiento y ese tinte diabólico que le otorgaba sus supuestos acercamientos

a la brujería o magia negra, denominados por los habitantes del municipio como “resos”. Aún las personas temen hablar de “Leytón”, que fue dado de baja en el año 2006. La violencia de sus actos le hizo merecedor de un sinfín de rumores, los cuales rondan que asesinaba a sus propios familiares para preservar su vida o no ser capturado por las autoridades, hasta que era capaz de esquivar las balas o que éstas no laceraba su cuerpo, ya que tenía el poder mágico de salir vivo de cualquier enfrentamiento.

Son dos visiones diferentes de la guerra, dos relatos configurados desde la visión de las personas del pueblo, quienes aún siente cierto escozor al momento de hablar de narrar la violencia, debido a que muchos de sus familiares y hasta ellos mismo sufrieron los vejámenes de la guerra, temiendo a sufrir reprimendas por tratar de narrar el pasado.

Todo este contexto de guerra estuvo acompañado por la crisis económica y social que ha vivido la sociedad Quinchía, ya que su distribución territorial y su enfoque agrario está estructurado a partir de una distribución muy segmentada de la tierra que contiene dicho territorio.

“Él (Gustavo Botero) mencionaba que en Brasil había productores de 50 hectáreas que entraron en crisis. Entonces, ¿qué iba a pasar con nosotros, con mi familia y los pequeños productores de esta región? Si aquí, quienes tienen propiedades de 5 o 10 hectáreas son considerados ricos por la gente. Incluso, ante la preocupación por desaparecer, me di a la tarea de investigar. Aquí en Quinchía tenemos 3.494 hectáreas sembradas de café repartidas entre 3.573 productores, es decir, entre 1 cuadra y 1 hectárea para cada uno. ¿Nosotros que somos microfundistas, cómo íbamos a sobrevivir ante semejante situación?

Luego de muchos años lamentablemente la pregunta sigue sin responderse (Verón, Arciniegas, Jaramillo, Castillo, 2020, p.26)” (Arciniegas, 2020).

Esto expone una gran diversidad de problemáticas económicas, las cuales suman a las personas a condiciones de vida muy difíciles de sobrellevar, lo cual facilita ampliamente que los grupos armados logren permear con su discurso la visión de mundo de las personas, quiénes están preparados para atacar si es necesario. Esto se puede visualizar en los contextos festivos que tienen cabida en dicho municipio, ya que hay ciertos conflictos que trascienden en el entendimiento de las personas ajenos a ellos.

Por ello, es común ver que haya peleas constantes entre las personas que han tenido ciertos conflictos que han ido heredando generación tras generación, dado a que han vivido unas épocas turbulentas y que los han llevado a presenciar actos que deforman el concepto de paz, pues la muerte no se alejaba de ninguno de los contextos, tanto rural, urbano se han visto sumidos en estos hechos. De allí, que en este periodo de tiempo fuera normal presenciar asesinatos o ver cuerpos sumamente maltratados por los vejámenes que deja la violencia en el ser, puesto que la anatomía humana se ve lacerada por el acero o el plomo de las armas utilizadas para arrebatar la vida de aquellos considerados rivales.

Sin embargo, es preciso recalcar que en la contemporaneidad aquellos vestigios de la guerra se han ido mitigando, esto responde al curso normal de la vida y la historia, las nuevas generaciones van acogiendo dichos sucesos como algo lejano, que no les atañe, debido a que estaban muy niños o no habían nacido, lo que se traduce en un pueblo desacostumbrado a la violencia, la cual se redujo a hechos aislados o programáticos por grupos al margen de la ley. Aunque este hecho no precisa algo malo, ya que no hay nada más grato para la humanidad que observar

que la violencia lentamente se va agotando, más no justifica un olvido a su historia violenta.

Retomando el curso lineal de esta investigación, que data desde el año 2000, hasta el 2006, se puede vislumbrar que en estas regiones se había desvirtuado el poder que tiene el estado, puesto que no había tomado un rol activo desde un aspecto social, ante los acontecimientos que ocurrían en cada uno de los hemisferios de la república, más que ser un ente que está diseñado para mantener y proteger los derechos y deberes de una sociedad, se había transformado en una herramienta para perpetuar los intereses que poseen algunos sectores de la sociedad. El texto *Cotidianización de la violencia: Ejemplo de Colombia* ayuda a reforzar este concepto de estado:

“Es evidente que todo ello está relacionado con la debilidad crónica del Estado colombiano. En el próximo apéndice abordaremos detalladamente este aspecto. Por el momento sólo queremos señalar lo siguiente: si bien ningún país latinoamericano el Estado ha logrado establecer el monopolio de la coacción hasta sus últimas consecuencias, en Colombia la crisis de autoridad y de legitimidad estatales han ido agravándose periódicamente hasta causar una verdadera disolución del Estado.” (Waldmann, Delacre, 1997).

Cada uno de los actores que forman parte del conflicto no tienen definida una modalidad para ejecutar sus acciones violentas, ya que buscan es oprimir, subyugar y dominar los sectores donde se encuentran o que son estratégicos para sus intereses monetarios. Por esta razón, es que el concepto de guerra en el municipio de Quinchía (Risaralda) se desarrolla en una gran diversidad de actuaciones bélicas que atentan contra la integridad de los seres, tanto los que estaban inmersos en el conflicto, como los que están fuera del mismo.

“En Colombia, el conflicto armado no tiene una modalidad de violencia distintiva. Los actores armados enfrentados han usado y conjugando todas las modalidades de violencia. Todos han desplegado diversas modalidades y cometido crímenes de guerra y de lesa humanidad, haciendo a la población civil la principal víctima del conflicto.” (Informe General Grupo de Memoria Histórica, 2013).

De allí que esto influya en una gran diversidad de pueblos, algunos con eventos más fuertes que los anteriores, estos actores han contribuido a que muchos de los crímenes que han vivido las regiones de la sociedad colombiana, se han sumergidos en el olvido y no tengan tanta repercusión mediática, como es el caso del Salao y Bojayá. Hechos deplorables y carentes de humanidad, ya que responden a actos de violencia sin igual, pero de estos se encuentra un gran caudal de información que ha contribuido a esclarecer lo ocurrido. Por ello, es importante indagar en lo ocurrido en otras regiones, como es el caso de (Quinchía) Risaralda y sus corregimientos aledaños.

“Es así como, para el mes de mayo del año 2002, en las veredas de Higo, Buena Vista, Naranjal y San Juan, de Quinchía, comenzaron las primeras masacres atribuidas a los frentes pertenecientes al BCB. Después, en los meses siguientes los paramilitares sembraron el terror en las veredas de Naranjal, Ensenillal, San Juan y San José con la muerte de siete campesinos y dos indígenas Embera Chamí, cuya muerte ocasionó el desplazamiento de varias familias de esta comunidad.” (Zapata, 2015).

Es preciso acotar que la guerra desembocó por una gran diversidad factores, entre ellos el disgusto social por la marginalidad y la desigualdad que vivían en su espacio del mundo, además, el contexto violento que se desarrolló en todo el país el cual fue permeando a cada una de las personas que habitan este espacio del mundo llamado

Colombia. “La preocupación manifestada por el líder comunitario hace parte de la configuración social e histórica del municipio. Precisamente, a lo largo del tiempo el territorio se constituyó como el espacio de interacciones, dinámicas, disputas y conflictos, estos elementos fueron permeando hasta hacer parte de la cotidianidad de sus habitantes. Según Grimson (2015):

“Una configuración es un espacio social en el cual hay lenguajes y códigos compartidos, horizontes instituidos de lo posible, lógicas sedimentadas del conflicto. La noción puede aplicarse a una escuela, a distintas instituciones, a movimientos estéticos, a grupos migratorios o diversos espacios territoriales. A diferencia de la cultura, siempre implica la existencia de disputas y poderes, de heterogeneidades y desigualdades, y de cambios” (p.145). Desde la memoria local se rememora los acuerdos verbales y en algunas ocasiones los contratos que fueron definiendo la configuración de la tenencia de la tierra en el municipio.” (Arciniegas, 2020).

Es preciso traer a colación, el conflicto que surgió el pro de la defensa del territorio por parte del pueblo de Quinchía, quienes vieron arribar a sus tierras al principio del siglo XXI una gran variedad de multinacionales, las cuales tenían (O tienen) como fin extraer el oro que se encuentra situado en los territorios, los cuales eran explotados o pertenecían a las personas que allí habitaban. “Ya avanzada la primera década del siglo XXI, la presión que ejercen multinacionales (Aglogold Ashanti y Batero Gold) por la extracción de oro en Quinchía, tiene como respuesta la defensa por el territorio y el agua por parte de los quinchieños. En consecuencia, además de la disputa entre actores armados allí (Ejército, guerrillas y paramilitares), se suma la presencia de grandes capitales extranjeros que quieren extraer el oro sin pensar en las consecuencias visibles a largo plazo sobre la población.” (Arciniegas - 2020) Esto

demuestra que la precariedad en el municipio aún persiste, porque al momento de realizar un recorrido por este amplio territorio, se puede observar que muchas familias están sujetas a modelos de vida, que los priva tanto de ingresar a un modelo económico que amplíe sus posibilidades y un olvido estatal, ya que no se brindan las oportunidades para que haya un avance real en dichas zonas.

A pesar de ello, el trato por lo general suele ser cálido y cargado de amabilidad, pero es innegable, que hay ciertos sectores, como son los adultos mayores, quienes habitan un espacio alejado del casco urbano, que aún no se recuperan totalmente de los estragos que ha causado la violencia y ven en el ingreso de dichas multinacionales una amenaza para su vida, puesto que muchos consideran que los van a despojar de sus tierras y los van arrojar a una pobreza aún mayor.

Es importante plasmar una de las voces que se encuentran en el trabajo investigativo de Juan Pablo Arciniegas Martín, llamado: Memorias locales en Quinchía, Risaralda: Territorio, violencia y resistencia.

“Los funcionarios de la Unidad de Víctimas no me garantizaban la seguridad al retornar. Pero no había marcha atrás, para mal o para bien en Quinchía tenía revuelto. En cambio, en la ciudad el vecino está en las mismas condiciones que uno. ‘Salí de Guatemala para ‘Guatepeor’-pensaba-. Entonces decidí regresar. La finca estaba llena de rastrojo, no había rastro de los 35 animales que dejé, y el frijol y el maíz, quién sabe quién se los habrá comido. Abandonado el rancho por completo inicié de ceros con apoyo de la comunidad” (Verón, 2020, p.42)

Con lo anterior se desvela el daño que hace la guerra en las personas, porque se ven sometidos a habitar espacios desconocidos para ellos, lo cual los lleva a

inmiscuirse en un modelo de vida desconocido, donde debe integrarse a procesos que suelen percibirse como algo utópico para las personas que vienen de un espacio habitado por sonidos naturales y pasan a sumirse en un espacio más industrial, el cual exige una carga sonora diferente, la cordialidad entre las personas deja de ser la que manejaban en su espacio de tiempo y se ven sometidos a una realidad más individual, donde el otro no importa demasiado, lo cual los lleva a deconstruirse como seres, ya que no se sienten parte de este espacio.

Por esta razón, muchos deciden volver, pues en su terruño van a tener la potestad de realizar los trabajos de forma personalizada, debido a que van a depender únicamente del trabajo que ellos ejecuten en el espacio, el cual, le va otorgar ese revuelto que puede representar una comida en épocas malas o una ganancia monetaria al venderlo a grandes proveedores.

Es importante resaltar el sentido de pertenencia que poseen los quinceños con sus territorios, puesto que ven en ellos esa fuente de vida que han concebido para su diario vivir, pues son las formas en las que se criaron y fueron desarrollando su vida. Por esta razón se evidencio un retorno amplio de las personas que estaban a allí o simplemente no se fueron, ya que consideraban que era mejor resistir la violencia, que abandonar aquel espacio de tierra que significa para ellos, la fuente de ingresos, pero además de esto, el lugar donde crecieron y fueron viviendo cada uno de los estadios de su vida. “Sin duda, el conflicto armado es un aspecto crucial a tener en cuenta.

No obstante, el arraigo e identidad que se sostiene con el territorio al estar atado a los proyectos de vida hizo que algunos de los quinchieños después de sufrir desplazamientos forzados, retornan; o por el contrario, nunca abandonaran su finca pese a que la violencia los acechaba.” (Arciniegas, 2020).

Este sentido de pertenencia a un persiste y se puede ver en lo habitantes que han estado al margen de este conflicto, acoger las tradiciones, tanto emocionales, como territoriales de su pueblo, reconociendo la belleza y la riqueza natural que existe en el mismo, convirtiendo este lugar del mundo, en un contraste entre la violencia articulada cotidianamente a nivel nacional, con la belleza que rodea a estas personas, quienes se pueden deleitar con ella, a pesar de su indiferencia hacía ellos.

Teniendo en cuenta lo anterior, es importante aclarar que la violencia en la cultura colombiana se ha convertido en algo cotidiano y que es efectuado por cualquier persona, ya sea desde los altos mandos estatales, hasta la persona del común. Esto se debe a que, desde los albores de la sociedad colombiana, se ha visto a la violencia como el medio óptimo para la resolución de las querellas que se han desatado en el proceso histórico de la nación, instrumentalizando y preponderando este medio, como el único para lograr los objetivos que se han impuesto las personas de cada una de las regiones. (Waldmann, 1997) Ya sea de forma activa o simplemente de querellas comunes, la violencia ha impregnado el comportamiento de este constructo cultural.

Por lo tanto, se puede vislumbrar que todas estas historias que se narran en la cotidianidad, tienen un tinte de ficción, que contribuye a que el relato tenga más fuerza y transforme un hecho demasiado grotesco, en algo que puede estar mediado por otras fuerzas, ajenas a lo humano. De allí, que se pueda forjar una idea de la importancia que ha tenido la ficción para configurar la visión de cultura que tiene el ser humano, pero lo más importante, como esta ficción ha influido en la realidad de las personas. Lo que llaman “ficcionalización del discurso histórico” (Ricoeur, 2004), se puede exponer nuevamente como entrecruzamiento de la legibilidad y visibilidad de la representación histórica. También, es pertinente recalcar que la ficción se genera a partir del recuerdo, pero surge a través de la imaginación, la cual se inserta en la

memoria del ser humano, ayudando a recrear y dinamizar el pasado de los seres humanos.

Por otro lado, al examinar las narrativas locales alrededor de la violencia como una acción que se manifiesta en el ser de forma natural, culturalmente estas se han ido adoptando como un arma sagaz y pertinente para poder superar las diversas problemáticas que se presentan en el entorno social. Poco a poco, se va convirtiendo en un mecanismo que doblega y silencia al otro, instaurando un nuevo orden social. Partiendo de lo anterior, es difícil definir la violencia en en el contexto quinchieño y más en la ruralidad, donde, amparados por el anonimato, diferentes actores ejercen su poder de violentar al otro. Para José Luís Vera Cortes en el prólogo titulado *Laberintos y taxonomías de la violencia* reflexiona:

¿Se trata entonces de un fenómeno que de tan común podemos considerarlo como universal? Por supuesto, una pregunta como esta es pertinente y sus posibles respuestas resultan al menos polémicas. Para algunos la violencia está enraizada desde nuestros más antiguos orígenes y forma parte de la naturaleza humana; para otros representa una de las múltiples formas en las que el comportamiento agresivo puede expresarse, en este caso de forma intencional y con el ánimo de dañar a otros. (Cortés, 2006, p. 34).

De manera que la violencia puede tener una gran diversidad de conceptos, pero en el ámbito social colombiano y del municipio de Quinchía (Risaralda) se ha convertido en un arma, no solo para las personas del común, sino también para el Estado como tal.

Ahora bien, el tratamiento de las narrativas locales para narrar la violencia lleva al acercamiento a los géneros del cuento y la crónica para trasladar las narraciones y comunicarlas. Por esta razón, la crónica es una herramienta óptima al momento de

evidenciar las narrativas locales que se logren identificar por medio de las entrevistas a algunos de los habitantes de Quinchía (Risaralda), ya que aporta tanto a nivel pedagógico, como a la construcción y recuperación de la memoria histórica.

Esto se ha evidenciado a través de la historia, como lo explica Cecilio Alonso en *Las revistas de actualidad: germen de la crónica literaria. Algunas calas en la evolución de un género periodístico entre 1845 y 1868*:

El germen de la crónica literaria moderna que se impuso a finales del siglo XIX puede buscarse en las secciones de actualidad –“Historias” o “revistas” de la semana, de la quincena o del mes, “crónicas” de varia factura, “correos” o “Sucesos contemporáneos” (Alonso, 2013, p. 47-48).

Lo anterior nos permite ver el curso histórico que tomó la crónica en la nación colombiana, contribuyendo a crear obras de alta envergadura como fue el caso de Gabriel García Márquez y su obra *Relato de un naufrago*, donde relataba a través de crónicas los sucesos que ocurrió con un soldado que se perdió en el mar. De allí que nazca la necesidad de interactuar con las misma y tratar de confeccionar algunas obras que logren su fin comunicativo, pero también estético. En esta misma línea, se encuentra la obra del sociólogo Alfredo Molano con su libro, *Trochas y fusiles*, que retrató la Colombia profunda y desolada que ha dejado la violencia.

De ahí que la posibilidad de trabajar con la ficción es un reto que se tiene al momento de investigar el presente tema. Por lo anterior, es importante acoger una herramienta que logre abordar la ficción de manera precisa y que sea atractivo para los posibles lectores que se acerquen con miras de indagar en la historia.

En esa dirección, aparte de la crónica como elemento vinculante para adaptar las narrativas locales, surge la necesidad de acercarnos al género del cuento. El cuento permite al creador disponer de una gran variedad de técnicas que permite desarrollar

el relato desde la ficción y desde las fuentes históricas a través de una intención re-interpretativa de un hecho como ocurre con las narraciones del escritor colombiano Pedro Gómez Valderrama con la obra *Tierra*, donde reescribe la historia de acuerdo a la época. A propósito, Ricoeur, en *Tiempo y narración* (2003), resume las narrativas en tres nociones. La primera: la semilla de la historia escrita es la frase narrativa. Segunda, el relato histórico es un conjunto de sucesos que construye el historiador. Y la última: construido el suceso a través de la interpretación o comprensión histórica. Partiendo de la consideración de que los relatos históricos son, en primera instancia, relatos subjetivos como es la historia misma (Valderrama, 2003).

Es pertinente recalcar que los hechos violentos que se originan en la cotidianidad de las personas que estuvieron o están inmersas en el conflicto, también forman parte de aquellas narrativas locales que se han ido construyendo a través de la historia en todas las comunidades afectadas por la violencia. Quiénes tuvieron que vivir momentos de suma tensión entre todos los grupos bélicos inmersos en la gran diversidad de hechos que se ejecutaron en todo el territorio nacional, ya que no fue solo un bando quién optó por acoger la violencia como un mecanismo óptimo para perpetuar sus acciones, sino que hubo una congruencia de actores políticos, criminales y grupos al margen de la ley que decidieron instrumentalizar la violencia para usarla a su favor.

“El contexto inmediato, es decir, las circunstancias políticas invocadas por amplios sectores, de opinión y por los mismos protagonistas para explicar la consolidación de la violencia. El contexto más lejano, aquel constituido por un pasado que permanece presente en todas las memorias y es designado por todos con el nombre de la violencia, responsable de 200.000 muertes entre 1946 y 1964” (Pecaut y Gonzáles – 1997)

Todos estos grupos que se instauran en el panorama colombiano, buscando por medio del conflicto consolidar sus perspectivas de sociedad, ya sea democrática o simplemente que está contribuya a perpetuar su dominio.

CAPÍTULO DOS

La crónica como elemento vinculante para narrar la violencia

La palabra crónica proviene del vocablo latino “*chronîcas*” que a su vez significa “algo que sigue el orden del tiempo”. La crónica se nombra como un registro de lo que sucede a través del tiempo bajo un orden cronológico. Maryluz Vallejo Mejía (1997) en su libro: “La crónica en Colombia medio siglo de oro” sostiene que:

“la crónica, territorio sin fronteras, se convierte así en uno de los géneros de experimentación más fascinantes que existen en el periodismo literario para explorar lo personal y lo universal; para escribir la historia con mayúsculas y la historia con minúsculas.” (Vallejo Mejía, 1997, p.5)

En Colombia el ejercicio de la crónica periodística ha permitido la experimentación porque posibilita el diálogo con otros géneros: va desde elementos narrativos hasta elementos ensayísticos. Las formas literarias se establecen de acuerdo con la voz que los autores toman para narrar un hecho, sea desde la ficción o desde la construcción del testimonio. Cada autor construye una estructura narrativa que acaba en el momento justo en que la obra finaliza, es decir, no hay moldes para construir la voz del relato. Cada artefacto literario es dueño de su propio método. A lo largo de la historia se han creado elementos vinculantes para narrar el cómo suceden los hechos.

La crónica, pues, surge como método para relatar los sucesos acontecidos. Aparece en este trayecto la crónica roja que nace en Colombia a finales del siglo XIX como alternativa para narrar los hechos alrededor de la violencia. Este estilo de crónicas se dio apertura durante el conflicto bipartidista como forma de materializar el

orden de los hechos y con el propósito de ofrecer una lectura de la realidad de entonces. A través de la crónica y del periodismo se difundió el rostro de una guerra que se silenciará.

La crónica en el diálogo que establece entre literatura y periodismo tiene a su alcance la creación de un mapa social que recoge voces, tradiciones, vivencias, en un amplio mapa social del territorio que a su vez se enmarca como un retazo de memoria colectiva. A propósito, el escritor mexicano Juan Villoro escribió sobre la crónica y su relación con las voces sociales:

“Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la "voz de proscenio", como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera personas”.

(Villoro, 2006, p, 1)

En la escritura de la crónica hay una construcción subjetiva de los hechos, porque hay una mirada que lee y ensambla. La mirada es la que construye el hecho: el mirar es recoger con los ojos los hechos precisos para narrar. Así pues, como establece Villoro (2006) la crónica es un ejercicio de hibridación de géneros: va desde

la entrevista hasta la edificación narrativa para desencadenar los sucesos. Toma de los géneros una fragmentación que se conecta en el producto (crónica) como un diálogo de narrativas.

Ahora bien, en la diversidad de conceptos que surgen al momento de analizar las narrativas locales que componen la crónica, es de vital importancia traer a colación el concepto que propone Ricoeur (1981), quien expone que “explicar una narración consiste en dominar esta estructura sinfónica de acciones segmentadas. A la cadena de acciones corresponden relaciones similares entre los "actores" de la narración” (Ricoeur, 1981, p. 97).

A partir de este postulado, se puede inferir que, al momento de decodificar un texto narrativo, se debe estar preparado para comprender y explicar. Lograr abstraer los significantes que se desglosan del texto es un mecanismo importante porque permite que el texto se transmita de manera óptima y sagaz.

Cabe anotar que las *narrativas locales* están acompañadas de una amalgama de situaciones que van desde lo real hasta la *distorsión* del recuerdo tomando elementos de la ficción. A partir de las ficciones configuramos nuestro entorno social. Harari (2011) en su obra *De animales a dioses* precisa que “la ficción nos ha permitido no solo imaginar cosas, sino hacerlo colectivamente. Podemos urdir mitos comunes tales como la historia bíblica de la creación, los mitos del tiempo del sueño de los aborígenes australianos, y los mitos nacionalistas de los estados modernos” (p. 38).

En Colombia el ejercicio de la crónica periodística ha estado vinculada con el oficio de la escritura, porque se convirtió en el factor de sostenibilidad económica de los escritores colombianos como Gabriel García Márquez, Álvaro Cepeda Samudio, Luis Tejada, Manuel Mejía Vallejo, que encontraron en la escritura de crónicas el punto de financiación para la escritura de sus obras.

Luis Tejada durante los años veinte escribía una crónica diaria que publicaba en suplementos y periódicos del país. Dueño de una mirada certera, de una ironía campesina, ensambló toda su obra partiendo desde el detalle, por ejemplo, la crónica titulada “Una bala” donde hace un ejercicio poético a través de un objeto, porque entrega en la escritura una animación a los objetos que rodean su oficio. Se detiene en una bala, pero también en un bolígrafo, objetos que desmenuza y poetiza. Hay en las crónicas de Tejada una expresión del detalle, una filosofía de vida que va más allá de la acción de ver. Hernando Téllez a propósito de las crónicas de Tejada lo describió como dueño de “concisión, presteza y agilidad, humor e ironía”.

Por otro lado, encontramos a Armando Solano que junto a Tejada crearon un estilo fresco de la crónica en Colombia que dieron apertura a cronistas como Hernando Téllez, Gabriel García Márquez, Héctor Rojas Herazo, Clemente Manuel Zabala, Pedro Gómez Valderrama, Jorge Zalamea. Esta serie de cronistas, sin duda, fundaron las bases para cronistas posteriores que narran la violencia como un habitante más de la vida social colombiana.

Se convirtió, entonces, la violencia un tema importante de la crónica en Colombia. Es el elemento vinculante para narrar un hecho y para dar voz a las víctimas: entrega voz a individuos olvidados y marginados. Aparece, en este orden, una serie de cronistas que escriben alrededor de la violencia y comienzan a ensamblar una narrativa del conflicto colombiano. Surge la voz del sociólogo Alfredo Molano que retrató la violencia de una Colombia profunda, es decir, dibujó los detalles de una parte del país donde la mirada no alcanza. Allí como cronista se introdujo, indagó, escuchó la población, escribió con la voz del pueblo, sin modificar el lenguaje; escribió desde la naturalidad de las palabras y desde su transparencia. A propósito escribe

Orlando Fals Borda en el prólogo del libro “Siguiendo el corte Relatos de guerras y de tierras”, que busca establecer una versión de los hechos ocurridos en el Llano:

“¿Cómo hizo Alfredo Molano para obtener semejante montaña de datos tan interesantes e importantes para la sociedad y la historia del país y del Llano? ¿Actuó como sociólogo, o como literato, o como periodista?” (Fals Borda, p, 14).

Ahora bien, Molano busca la raíz de los hechos y rescata la memoria olvidada. Centra su atención como cronista en los testimonios que contrasta con los hechos y construye una versión de la historia. Se juega, tal vez, en las crónicas de Molano una historia de vida de sus fuentes de investigación, porque actúa desde una influencia literaria, por tanto, desde una sensibilidad. Molano relata en su obra Trochas y fusiles:

“Hubo dos hechos que no le gustaron a Marulanda. Uno fue la repartición de una plata que se le quitó a la Caja Agraria de Aipe y otro fue la cuestión de unos fusiles en San Luis. De la Caja Agraria se sacó medio millón de pesos y los liberales de Peligro se los fueron distribuyendo como plata de bolsillo. Cada participante cogió su moneda, la contó y se fue a comprar reses. Eso no era raro. Ellos lo sabían hacer así: cogían el ganado, las gallinas, la cosecha de café de los conservadores y se los llevaban para la finca. Marulanda se emputó y los vació, les dijo bandoleros. Les hizo ver que si la lucha la degenerábamos y nos volvía una cuadrilla de ladrones, nos ganaban la guerra. Que ese era el castigo y que por lo tanto teníamos que escoger. Él se había vuelto muy sabido y hasta le jalaba a la máquina de escribir” (Molano, p, 79).

Hay en lo anterior un hecho que se contrasta con un perfil, en este caso, el perfil de Manuel Marulanda que lo construye tras las escenas de las acciones habituales. Hay acciones y pensamientos que reflexionan alrededor de los hechos. Hay un retrato personal, cercano, íntimo que se contrasta.

Por otro lado, la crónica en Risaralda también ha creado su propio espacio. Encontramos la voz de Gustavo Colorado Grisales, que ha construido una obra alrededor de la memoria del departamento. Con su libro *Un altar para la desmemoria* –los pensionados cuentan su historia– recoge testimonios de adultos mayores sobre la memoria histórica del departamento. Recurre a la fuente de hombres que vivieron los hechos, es decir, va hacia las fuentes primarias de los hechos y partir de sus testimonios edifica sus crónicas a la par que construye un territorio.

Gustavo Colorado al escribir sobre Quinchía retracta a partir de la voz de uno de sus habitantes el escenario de la violencia. Narra en la crónica *El judío errante no es como lo pintan*:

“Nosotros éramos un pueblo trabajador y tranquilo hasta que todo se prendió después de un discurso de Alzate Avendaño contra los liberales. Aquí se celebraban siempre unas ferias con disfraces, músicos y carreras de caballos y en una de esas ferias el discurso del doctor Alzate prendió la mecha y se iniciaron las matanzas de liberales; fue entonces cuando apareció el “capitán Venganza”, un campesino liberal de la región cuyo nombre de pila era Jesús María Trejos Ladino y que llegó a organizar un verdadero ejército para vengar las matanzas de sus copartidarios y que por eso se bautizó él mismo como capitán Venganza”. (Colorado, p, 86-87).

A través de la voz de Fernando Escobar el cronista construye el germen de una oleada de violencia que padeció el municipio de Quinchía (Risaralda). Colorado escribe la memoria con un lenguaje claro y sin adorno, cercano a la naturaleza de quién lo emite. Recupera los hechos y contrasta aspectos míticos del pueblo, porque también va a los relatos que dan explicación a un hecho. Todo lo escucha, pero lo va

depurando con la mirada de un cronista que escribe con todo el cúmulo de material que encuentra, pero que va filtrando sin dejar clavos sueltos.

Urbanidad y ruralidad para la construcción de narrativas locales

En los espacios hay una pulsión vital que se desarrolla a diario, un ADN que permita que se conviertan en un organismo vivo. Cada lugar es dueño de un origen y de un conjunto de acontecimientos que se revelan en la medida que se habitan o en palabras de Heidegger (1889): “sólo si somos capaces de habitar podemos construir”. Se habita un espacio en la medida que se apalabra y se crea significado de su realidad. Los lugares esconden en su entramado una constelación de sucesos que se materializan en la forma de ordenamiento de cada territorio estableciendo, entonces, un equilibrio entre lo político y lo social, entre lo imaginario y lo ficticio. Los espacios construyen narrativas que alimentan las ficciones que crean los habitantes mientras ejercen la delimitación de un territorio abstracto que pasa a ser real.

El espacio, desde luego, condiciona la realidad de quien inesperadamente la habita. Espacio y habitante confluyen: las conductas de uno se ven reflejadas en el comportamiento del otro y viceversa. Ciertos gestos, ciertos comportamientos se convierten en modelos que se afianzan y se repiten hasta en patrones sociales. Así pues, el nombre de Comala en la literatura latinoamericana simboliza una posición desde la novelística, es decir, desde las narrativas, pero no desde lo real. Es la ficción que se sobrepone a lo vivido.

El espacio comienza a ser parte del relato en la medida que influye en la psicología de sus habitantes: interviene en sus pasiones, en sus acciones, en su carácter. Se convierte en un elemento que estructura las narrativas que se construyen

alrededor de un concepto, en este caso, alrededor de la violencia. Los espacios, de acuerdo a las nociones de Gilbert Durand (1921), "se vinculan a estados de ánimo, a predisposiciones mentales". En cierto modo, los espacios transitan por los textos al igual que los testimonios porque se establece desde la contemplación y se amparan en la memoria como un hecho vivido, tal como lo propone Durand en su obra "*Las estructuras antropológicas de lo imaginario*" (1981): "La memoria pertenece al terreno de lo fantástico puesto que arregla estéticamente el recuerdo". A partir de la memoria surge la construcción de narrativas: se ensambla desde la memoria porque tiene la capacidad de articular lo real y lo ficticio. Y denota, entonces, lo que Cassirer denominó el espacio subjetivo. Es decir, en las narrativas se construyen hechos y se entrega una lectura subjetiva del contexto. Se lee, se escribe, se habla, desde una posición individual que reafirma nociones colectivas.

En el municipio de Quinchía (Risaralda) se contrastan los espacios urbanos y los espacios rurales: ambos con desarrollos diferentes y distantes porque se conserva la idea capitalista donde lo urbano es sinónimo de desarrollo. Las veredas se asocian con el olvido y la marginalidad. Quienes habitan las veredas poseen más capacidad de arraigo y más cercanía con los recursos naturales. También se asocia a lo rural con una vida en desarrollo, atrasada de los procesos de las urbes. Durante el periodo 2000 y 2006 en el municipio de Quinchía (Risaralda) las veredas sirvieron como punto de ocultamiento de grupos armados por la facilidad de escape. Lo más práctico para la marginalidad es habitar en las afueras de los espacios urbanos para intervenir en la dinámica del pueblo, porque lo rural no se desvincula completamente de lo urbano.

Consecuentemente, los habitantes del campo conviven en una sociedad organizada y fraternal, es decir, viven en comunidad. Hay en los habitantes del campo una imagen diáfana y humilde que conservan al momento de construir las narrativas

que les permita narrar un hecho específico: parten de una temporalidad y son fieles al recuerdo. Narran elocuentemente lo que se recuerda: retratando pormenores y construyendo espacios sin extraviarse en su propio relato.

CAPÍTULO TRES

Crónicas

Las presentes crónicas son escritas a partir de una serie de testimonios de personas que vivieron y son víctimas del conflicto en el municipio de Quinchía (Risaralda) durante los años 2000 y 2006. Se realizaron una serie de entrevistas que posibilitan la información para la ejecución de la escritura. Algunos nombres fueron cambiados por otros de acuerdo con la solicitud de los entrevistados y por protección de su integridad.

Crónica uno: La noche interminable

“—Nací en Quinchía (Risaralda) en el año de 1965. El dos de octubre. Toda la vida he estado en Quinchía. En el área urbana y área rural. Mi infancia fue en el área urbana. Me he dedicado al campo y a los caballos en la vereda *Los Medios*. Allí cultivé café y caña, pero más que todo café”—empieza a relatar el señor Alberto en su casa en Quinchía mientras se limpia las manos con un poncho que lleva en el hombro. Vive en un casa amplia y luminosa que parece una finca en el pueblo porque tiene caballos y dos perros que a cada momento llaman su atención. Hay un silencio que viene de afuera y su esposa desde la cocina vigila los caballos. Ambos vivieron el conflicto en Quinchía y prefieren vivir sin el recuerdo, pero es algo que llevan como un equipaje que se arrastra, pero que por instantes parece que se olvidara.

Quinchía fue testigo de una violencia que empezó en los años 80 y se prolongó hasta el año 2006 que fue el año que cayó muerto Leyton, el guerrillero. Quinchía era zona roja, es decir, zona guerrillera. Don Alberto cuenta que vivió más la violencia en los años 90. Le tocó la violencia, como dice él, en carne propia. Caminaba por las

calles que hoy frecuenta, pero infundido por el miedo. Había miedo porque en el camino se encontraba un guerrillero, un paramilitar o un soldado. Todos confluyen, todos buscaban un terruño, todos se buscaban.

Cierta vez, cuando vivía en el casco urbano entre los años 85 y 90 era un hombre soltero y libertario, se enteró del actuar de Los Magníficos. Por ese tiempo en Quinchía se congregaba por el pueblo y sus veredas un grupo paramilitar *Los Magníficos*. Salían en la noche y hacían sus matanzas. Todo sucedía en la oscuridad. Regresaban posteriormente en la madrugada a una finca que quedaba en la salida a Naranjal, en la zona de La Unión. Allí era el refugio de los paramilitares. Se denominaban Los Magníficos porque salían en dos camionetas, al estilo de la película. Los llamaban Los Magníficos o los “Cabuya”, porque a todo aquel que encontraban lo amarraban y lo tiraban al carro y allí lo mataban. Tiraban los cuerpos a la orilla de la carretera con una frialdad de madrugada en el campo.

“Mucha gente inocente se llevó del bulto sin tener nada que ver”, nos cuenta don Alberto. Como habitante de un pueblo Zona Roja los habitantes no tenían la culpa que, a su casa, una mañana, llegará un pelotón del ejército a alimentarse. Llegaba el ejercicio o los paramilitares o la guerrilla. Si llegaba el uno el otro se enojaba y decían que uno era colaborador del uno o colaborador del otro. Ahí donde se formaba la pelotera.

Un día a las seis de la tarde don Alberto, agotado por el trajín del campo, salió a la tienda más cercana a comprar un cigarrillo. Regresó a su casa y escuchó las noticias en la radio. Dio una larga calada mientras salía hacia el mirador. Un ancho mirador con vista al potrero que circundaba la casa, la vereda. De repente vio que venía, como una recua de animales perdidos, cien hombres armados. Sintió noche en su sangre. Las estrellas se habían marchitado en el cielo. Vio cómo los hombres,

todos camuflados, subían por el potrero como agarrando el pasto, como arañas trepando una corteza de un árbol viejo. Hubo silencio. El humo se disipó en el aire como recuerdos entrecortados. El río de su sangre no paraba. Su esposa estaba embarazada de su tercera hija. Corrió al interior de la casa, al cuarto donde estaba su esposa acostada. No pudo hablar. Las palabras se quebraban en su voz. El cuarto se inundó de silencio, de negrura, de un espeso olor a ausencia.

Decidieron cerrar las puertas, encerrarse en ellos. Afuera la noche se tragaba la vereda. Quizás habían vecinos que regresaban del pueblo con el mercado a sus espaldas, en bestias, cortando camino y silbando alguna extraña canción para espantar el miedo. Intentarán vivir para contarlo. Don Alberto abrazaba a su esposa. Sólo ahora, tan tarde, las cosas de la casa cambiaban de apariencia. Procuran hablar de otras cosas para no acercarse a lo que sucede afuera. Aprieta las manos de su esposa como si se estuviera despeñando una parte de él. “Sentía que la sangre se me agolpaba en el pecho” — todavía recuerda. “Es tan fuerte que no me gusta recordarlo pero lo hago, porque es algo que llevo” —sentencia.

De repente tocan fuertemente la puerta. “Fue un estruendo que sacudió la casa” dice y su rostro se apaga por un momento. Corrió rápidamente hacia la puerta y la abrió. “Eran como cuarenta tipos con camuflados. Eran muchos y ya se estaba haciendo tarde”.

—Jefe, necesitamos comida y dormida para todos esta noche— dice uno de los hombres con una voz gruesa, casi gritado.

Don Alfredo se niega a recibirlos. Se está haciendo de noche y ya habían apagado hasta el último tizón del fogón. Además, su esposa estaba en embarazo. “No teníamos nada preparado, ni siquiera agua dulce”, cuenta don Álvaro.

La respuesta, desde luego, causa enojo al pelotón. Entran a la casa a la fuerza. “Cómo los dueños del rancho iban entrando uno a uno, sin pedir permiso. Unos se fueron para la cocina, destaparon las hojas y al ver que no había ni sobrados se dedicaron a cocinar. Mataron gallina, prendieron el fogón, cocinaron. Comieron. Se apoderaron de todo. Nosotros parecíamos extraños entre nuestras pertenencias. Mi esposa se negó a ayudarlos por su condición de embarazo. Yo la protegía. No la dejaba sola, porque una atmósfera oscura empezaba a cubrir la casa. Los otros se fueron para los cuartos. Tiraron colchones al piso, sacaron cobijas. En ese momento era todo lo nuestro era de ellos y luego también lo sería. Después de la comida se acostaron por toda la casa, en pleno desorden. Cayeron tumbados uno a uno, con el fusil al lado. Dos quedaron cuidando el corredor. Fumando en un banco de madera hablaban entre ellos. A la mañana siguiente madrugué de costumbre por la leche. Por un momento a ella la dejé sola, mientras el pelotón despertaba. Caminé despacio, como contando los pasos. Lloraba en silencio, porque era incapaz de todo. Mientras iba por la leche mi esposa escuchó al otro lado de la ventana la orden para matarme porque no le hice caso. Solo pedían la orden para matarme en el camino. Ella escuchó y salió, trastabillando. Tomó un atajo y me encontró. Ambos huimos, ambos nos escapamos con lo llevábamos puesto en ese momento. Solo con eso. Nada más. Todo después fue una noche interminable”, narra don Alfredo inundado de nostalgia, mientras seca el sudor de su rostro con el pañuelo. Adentro su esposa prepara un café.

Crónica dos: Días de zozobra

Las listas negras

Recuerda Ricardo Jaramillo que los entre los años 2000 y 2006 el pueblo vivió en una zozobra. Corrían los presagios por las calles y el viento que ahora sopla es distinto. Se caminaba entre los cafetales con miedo y con cautela de no pisar la sangre de una muerte reciente. Las noticias por esos días hablaban de combates, de desaparecidos, de muertos. En el pueblo el sueño se instalaba temprano. A las seis de la tarde todos se encerraban en sus casas. El día terminaba cuando las campanas de la iglesia replicaban las seis. “Después de las siete de la noche la gente buena no tenía que estar en calle, que si no hacían caso, ellos los acosaban”, dice Ricardo, mientras toma café.

Cobijados en el silencio hablaban en voz baja de lo que ocurría en el pueblo. Hablaban sin sospecha, buscando justificaciones. Por esos días confluyen el Ejército, los paramilitares y la guerrilla. Los tres mandos entraban en disputa por el territorio. Entraban y salían de las fincas como si fuera de su propiedad. Cuenta Ricardo: “Podían llegar un día los paramilitares a la finca. A veces pedían permiso. Nos decían que venían a pasar la noche, que nos refugiáramos mientras ellos hacían uso de la casa. En ocasiones hacían fiesta, mataban marrano, se emborrachaban y temprano al otro día se marchaban. Entonces llegaba en la noche el ejército y amanecía en la casa. Comían y allí pasaban la noche. El asunto es que ninguno podía darse cuenta que habían estado el enemigo, porque nos reseñaron como guerrilleros o paramilitares o ayudantes del ejército”.

Cuenta Ricardo que comenzaron aparecer las listas negras en el pueblo. Las listas negras eran un listado de personas que estaban próximas a ejecutar. Aparecía la lista y luego la limpieza. “En la lista aparecían expendedores de droga, ladrones, personas que habían hecho un daño. Decía simplemente que tantos tenían que desocupar el pueblo”, sentencia Ricardo. Las listas circulaban por el pueblo y llegaban a las casas como una señal para abandonar cuanto antes el pueblo. Algunos se marchaban, otros no corresponden y eran asesinados. Con frecuencia salían muchos campesinos del pueblo porque se negaban a ayudar a los grupos armados. Abandonaban sus casas y salían hacia otras ciudades, preferiblemente hacia paisajes antioqueños. La vida, entonces, debía de seguirse en otros lugares, porque sabían que morían los demás y también podía morir cada uno de los habitantes.

Continúa Ricardo con el relato: “una vez cuando tenía 10 u 11 años estaba donde una vecina. Estábamos viendo televisión cuando de repente entraron dos personas armadas. Uno con un revólver y el otro llevaba un cuchillo. Entraron buscando a alguien. Nosotros nos llenamos de miedo. A los días nos comentaron que habían entrado buscando una muchacha que estaba teniendo un romance con un comandante del ejército que estaba acampando por esos días. Solo por eso entraron buscando. Hubiese estado seguramente a todos nos matan ahí. Ese día nos salvamos. Desaparecieron, sin más los hombres”. Todavía estás imágenes acompañan a Ricardo. Todavía aquella tarde genera un frío que le hiela las manos. Sabe, ahora, perfectamente que ese día la muerte no era para él. Toma café.

La leyenda

Fue un domingo. 8 de julio de 2006. Ya habían sonado las campanas de la iglesia que avisaban la primera misa del día. Eran pasadas las seis de la mañana en Quinchía. Los cerros despejados tocaban perezosamente el cielo. En los pueblos los domingos son los días de mercado: hay movimiento y las personas del campo llegan por la remesa. La plaza hervía porque había gente por todas partes. Caminaban de un lado a otro entre una algarabía de vendedores. “Ese día se respiraba un aire distinto, el pueblo estaba diferente, como si algo fuera a pasar”, dice un transportador que maneja un Willys modelo 50 que va desde el pueblo hasta la vereda Los Medios. Los choferes de los conocidos “recorridos” saben de primera mano las noticias del pueblo porque son los encargados, en otras palabras, de llevar los recados. Conocen a cada uno de los habitantes de las veredas. Saben para dónde van y saben, también, quién es forastero. Al parquear el carro en la plaza del pueblo se dio cuenta que todo seguía siendo distinto.

Poco a poco el rumor fue inundando el pueblo. Berlaín de Jesús Chiquito Becerra, el comandante del Ejército de Popular de Liberación (EPL), alias “Leyton” estaba muerto. El rumor comenzó a crecer por cada calle del pueblo, pero los habitantes no lo creían. Se decía, continua Ricardo, que Leyton trabajaba con la brujería, porque tenía la capacidad de convertirse en plantas, en animales, para escapar de los enemigos. Que estaba rezado. Había sufrido muchos atentados y ninguno logró asesinarlo”. Toda la mañana el tema en el pueblo fue la muerte de Leyton, pero no había ninguna confirmación. El tiempo parecía suspendido en el pueblo. “A eso de las dos de la tarde el Ejército confirmó la muerte de Leyton. Como nadie creía, el alcalde de entonces pidió que trajeran de Manizales a Quinchía, como

para mostrar que si era verdad. Efectivamente llevaron el cuerpo de Leyton y lo mostraron por todo el pueblo y en ese momento soltaron los primeros voladores y hubo una celebración porque el terror que había instaurado Leyton en el pueblo llegaba a su fin”, cuenta Ricardo. Y continua: “Leyton era muy sanguinario. Desde muy joven entró al EPL. Allí mató al comandante y él quedó de capitán. Mataba a los secuestrados mientras exigía vía telefónico dinero por el rescate. Cuando la familia se negaba, los mataba en el instante. No tenía compasión. Cierta vez encontró cuatro guerrilleros que estaban buscándolo para asesinar. Los degolló a todos y su cabeza la colgó como símbolo de victoria para que todos la vieran. Cerca de la casa de mi abuela vivía su familia. Allí asesinó a una hermana porque sospechaba que lo iba a entregar a la ley, pero resultó que era falso, sin embargo, asesinó a su hermana. Fue un hombre sanguinario, sin escrúpulos. En el pueblo era muy temido y era él el orden. Por eso cuando le dieron de baja el pueblo celebró porque volvía a alumbrar el sol en los cerros”, concluye Ricardo con cierto optimismo que todavía permanece.

Crónica tres: Uno puede perdonar, pero nunca olvidar

La muerte violenta de la madre de Fabio Castañeda lo llevó a formar la asociación de familias víctimas del conflicto armado en el Municipio de Quinchía (Risaralda). Cuenta que la asociación llegó a tener 400 personas inscritas. Tiene registro de cada uno: conoce los hechos de las muertes que acompaña a sus asociados.

—Hoy, por ejemplo, no traje las hojas de vida. Pero las tengo todas guardadas— Dice Fabio.

Recuerda Fabio que en la época del 2000 cuando las campanas de la iglesia tocaban las seis de la tarde, todos debían estar en casa. Cuenta: “A esa hora todos debíamos estar en casa porque había mucha zozobra en el pueblo. Y eso que vivíamos en el casco urbano. No quiero imaginar la gente del campo donde todo era más estricto. Allá llegaba la guerrilla a presionar a los campesinos. Luego llegó el ejército y después llegaban los paramilitares. Los campesinos se mantenían entre la espada y la pared. No tenían a quien acudir. Solo se identificaban por el brazalete, cada grupo tenía un brazalete distinto. Los campesinos vivían en un conflicto permanente.”

Vivía con lo necesario y por días era pintor y árbitro de fútbol.

Por esos días la población de Quinchía (Risaralda) vivía atemorizada. Hubo secuestros y muertes a veces por no pagar una extorsión. “Había días donde bomberos en la mañana hacía el levantamiento de cuatro o cinco muertos que habían matado la noche anterior.”

Ahora Fabio vive en la ciudad de Pereira. Salió a Pereira como todos los campesinos, buscando mejores oportunidades. Hace 10 años habita la ciudad: recorriendo cada espacio, cada calle, comienza hacer parte de ella. A pesar del tiempo ya no se siente extranjero, pero tampoco olvida la provincia, el pueblo, el campo, los cerros que apenas tocan las nubes.

Como buen campesino todos los días madruga y sale a vender confites por el centro de la ciudad. Vender confites se volvió su fuente económica, porque las empresas ya no tienen posibilidades de trabajo para personas adultas. Vive con su familia. Él se rebusca la comida en las calles: vendiendo y recorriendo cada recoveco sin ningún afán, porque sabe que ya no es necesario apresurarse. Fabio se ha convertido en la imagen de muchos campesinos que emigran a las ciudades. Dejan el campo y entran en las fauces de una ciudad que crece y que bulle a cada instante. Una ciudad que olvida a los marginados y la misma ciudad de contrastes.

La ciudad donde su madre, después de salir de Quinchía (Risaralda), fue asesinada de forma violenta en su propia casa, porque la muerte llegó hasta su intimidad: tocó sus entrañas como una bestia que no se sacia y comienza a devorarse así misma. Su madre, ajena a todas las circunstancias, fue sorprendida en casa mientras buscaban un familiar. “Ella vivía en Quinchía, pero los hechos no ocurrieron en Quinchía. Era dedicada al hogar y era una persona mayor. Por un familiar que estuvo enredado, siguiéndolo a él, la muerte de mi mamá fue una consecuencia. Entonces uno también vive en carne propia la violencia. Uno puede perdonar, pero nunca olvida”, sentencia Fabio.

CAPÍTULO CUATRO

Unidad didáctica: Narrar la memoria

A continuación se presenta una intervención didáctica en dos encuentros a partir de la lectura y la construcción de crónicas en grados superiores de bachillera, que fortalezca la comunicación oral y escrita en los estudiantes y posibilite la construcción de tejido social a partir de las historias cotidianas.

Institución Educativa
Docentes: Carlos Arredondo – Andrés Felipe Yaya
Asignatura: Humanidades y Lengua Castellana
Grados: 11
Título: Reconocer las narrativas locales y su legitimidad.
Tiempo: 2 horas
Componente: Rescatar la memoria histórica a partir de la lectura crítica.

Competencia Estándares Básico Competencias: Relaciono el significado de los textos que leo con los contextos sociales, culturales y políticos en los cuales se han producido.

Aprendizajes: Los estudiantes comprenderán la importancia que tiene reconocer y rescatar la memoria que posee cada comunidad, pero resaltando la importancia inmediata que tiene en su contexto tanto urbano y rural. Esto surge, a partir de los vestigios que la guerra deja en el interior de una sociedad, la cual debe de prevenir a partir del ejemplo que estos sucesos se vuelvan a repetir dentro de su contexto social.

Derechos Básicos de Aprendizaje: Determina en los textos literarios las expresiones que pueden incidir tanto en las concepciones políticas, religiosas y culturales, como en la construcción de ciudadanía.

Metodología: Es necesario tratar de este tema desde diversos enfoques metodológicos, que puedan ser útiles a la hora de socializar la clase, ya que el entorno influye en demasía en el pensar y actuar de los estudiantes que estén inmersos en la comunidad. De allí, que es importante analizar la relación que ellos tienen con su espacio de mundo y observar los posibles contratiempos que puedan existir en las diversas realidades que se presentan en un salón de clases. Por lo tanto, el manejo que se de este tema, debe ser tratado con suma precaución, debido a que puede representar problemas para los estudiantes y esto se debe evitar, porque la idea no es revivir rencores pasados o temores, sino que entiendan que estos sucesos forman parte de su historia y deben aprender asimilar para que su desarrollo humano sea óptimo.

Esto conlleva a pensar que se debe realizar una clase, desde un enfoque desde las propuestas de Freud, pero sin dejar de lado otras estrategias, las cuales restringen los posibles comportamientos que puedan devenir de las historias escuchadas, ya sean personales o las dictadas en la clase, por ello, es necesario alinear ese enfoque con algo de conductismo para acallar las posibles voces que restrinjan el libre desarrollo de la clase, pero esta restricción debe estar guiada a censurar actos inapropiados, mas no, su expresividad dentro de un contexto de habla.

Actividades Lecturas grupales, individuales, de crónicas que giren en torno al rescate de la memoria del conflicto. Aunque, también va a ser importante realizar una investigación en conjunto de los relatos que hayan escuchado en su cotidianidad, ya que el fin, es contrastar la realidad adquirida por medio de la lectura, con la realidad inmediata que han configurado los estudiantes, en torno a este tema. (El cual debe ser tratado con máximo respeto por los docentes)

Sesión 1

Inicio: Se iniciará la clase con una serie de juegos didácticos, que sirvan para romper las barreras de interacción que se puedan establecer entre los estudiantes y los profesores, ya que en una primera instancia va a ser una interacción entre desconocidos y la clase va a necesitar cierta afinidad para que se desarrolle plenamente.

Juegos didácticos N 1: Los profesores se van a presentar y van a exponer la metodología del trabajo, buscando con ello, suministrar el objetivo al que se quiere llegar con los estudiantes, pero también, el tema que se va a suministrar. Después de realizar este sondeo, los profesores van a realizar un juego llamado “el cartero” donde los compañeros que no logren sentarse en determinado tiempo, han de presentar a varios estudiantes e indicar los gustos que ellos perciben que tienen ellos y los años que creen que tienen sus compañeros.

Con esta dinámica, se busca generar un momento alejado de la cotidianidad estudiantil y sumirnos en un momento grato, donde la confianza comience a reafirmarse entre las personas inmersas en el salón de clase.

Juegos didácticos N2: Se va a realizar un juego a través de una ruleta, el estudiante elegido por azar, la va a hacer girar y la pregunta que salga en dicha ruleta la debe responder, acorde a sus conocimientos previos.

Con este juego, se busca establecer un sondeo de los conocimientos previos que poseen los estudiantes y va a contribuir a reconocer que falencias tienen o que fortalezas presentan para el desarrollo de la clase que se va a suministrar.

Desarrollo: Después de estos juegos iniciales, los profesores darán paso a una explicación del contexto que han estructurado en el marco teórico de su proyecto, el cual va a contribuir a que los estudiantes observen desde diversos enfoques como se ha desarrollado la violencia en nuestra sociedad. Por esta razón, va a ser de suma importancia que los estudiantes estén atentos, ya que se van a suministrar datos, tanto a nivel histórico, como de análisis de las diversas situaciones que han atormentado al estado colombiano. Por ello, cada tanto se va a preguntar si hay dudas o si se puede avanzar con la explicación del tema que se está tratando en aquel espacio de la clase.

A continuación, se va a pedir a los estudiantes que relaten un acontecimiento, ya sea real o inventado el cual tiene como fin, ejercitar los procesos de escucha de los estudiantes, quienes deberán tomar apuntes y estar atentos a los datos que vayan arrojando los compañeros, puesto que la idea central de la actividad es que los estudiantes entiendan la importancia que posee el relato para su desarrollo humano y social.

De allí que sea de vital importancia preponderar el respeto entre los estudiantes, quienes deben estar prestos a escuchar las historias que deseen relatar sus compañeros.

Cierre: Los estudiantes van a trabajar a partir de los apuntes que recogieron de las historias escuchadas, sin ningún estudiante se atreve a contar alguna historia o inventar alguna, el profesor va a leer una serie de relatos que contribuyan a que ellos se formen una idea del trabajo que se va a realizar en el momento. Esto va a conllevar a que se les solicite un trabajo de investigación con base a los apuntes que recolectaron y con lo que logre investigar sobre el tema de la violencia en su entorno inmediato, también, se le pedirá que entrevisten algunas personas cercanas, quienes les han de aportar datos valiosos para su proceso de investigación

Criterios de evaluación: La participación oral de los estudiantes y su desenvolvimiento referente al tema propuesto.

Recursos humanos: Docentes y estudiantes.

Locativos: Tablero, sillas, mesa para reproducir el vídeo, el salón y todos los enseres que constituyen el salón de clase.

Materiales: Portátil, útiles escolares básicos e imágenes extraídas de los medios de comunicación.

Observaciones: Tener en cuenta el manejo del tiempo para lograr finalizar la labor que vamos a realizar – Tener presente que no se puede lograr obtener los datos necesarios, de allí, que sea importante pedirles a los estudiantes que realicen la lectura de varias crónicas, cuentos, textos de investigación y novelas, que traten estos conceptos en el desarrollo de sus trabajos.

Institución Educativa
Docentes: Andrés Felipe Yaya y Carlos Arredondo
Asignatura: Humanidades y Lengua Castellana
Grados: 11
Título: Ejercitar la elaboración de textos investigativos.
Tiempo: 2 Horas
Componente: Ejercitar los procesos de creación de textos, a través de una pequeña investigación la cual conlleve a obtener un resultado que satisfaga las expectativas de los estudiantes.

Estándares Básico Competencias:

- Desarrollo procesos de autocontrol y corrección lingüística en mi producción de textos orales y escritos.
- Caracterizo y utilizo estrategias descriptivas, explicativas y analógicas en mi producción de textos orales y escritos.
- Evidencio en mis producciones textuales el conocimiento de los diferentes niveles de la lengua y el control sobre el uso que hago de ellos en contextos comunicativos.

Aprendizajes: El estudiante va a obtener la capacidad de realizar procesos investigativos los cuales han de contribuir a que ejercite su capacidad de indagar textos de carácter académico, pero a la vez que ejerciten su creatividad y la relación hacia con su entorno, puesto que es importante que reconozcan el pasado, pero que reflexionen de forma activa sobre el mismo. Esto ha de determinar una transformación de su visión de mundo, ya que lo sitúa en su sociedad y al escuchar las diversas voces que se desprenden de las vivencias de las personas, ha de reconocer su espacio de mundo y a generar esa empatía tan necesaria en la contemporaneidad.

Derechos Básicos de Aprendizaje:

- Entiende las implicaciones sociales, políticas e ideológicas de los discursos que escucha.
- Comprende las posturas de un discurso sobre un tema de interés social y las relaciona con sus posturas previas.
- Comprende diferentes tipos de argumentos presentes en un discurso.
- Infiere las variantes dialectales, sociales y geográficas en la voz de sus interlocutores.

Metodología: A través de lo estudiado previamente, se va a dar paso a la ejecución de los saberes que han amalgamado en el proceso de investigación que realizaron en la clase y en sus casas. Por ello, se busca un resultado y este se va a evidenciar por medio de creaciones, tales como crónicas, cuentos o el medio que más se ajuste a las capacidades de los estudiantes y les genere la comodidad que necesitan para transmitir desde sus propias palabras las historias que escucho o leyó. De allí, que sea necesario utilizar un enfoque literario y que ejercite esos procesos de libertad de pensamiento que los estudiantes tanto necesitan en su cotidianidad, por eso es pertinente utilizar el enfoque de Freire, el cual va a contribuir a lograr los resultados esperados a través del ejercicio propuesto.

Actividades De forma individual, va a realizar el proceso de redacción que más se acomode a sus capacidades, sin embargo, va a tener que ajustarse al tiempo de clase destinado para la realización de dicha actividad. Por ello, va a tener la libertad de realizar este proceso desde un espacio que le genere comodidad, pero a la vez les facilite a los docentes poder observar cómo está realizando el proceso. A pesar de estar pendientes a las posibles dudas que puedan surgir en el proceso, los profesores no van a intervenir en el proceso de creación, solo van a dar pistas para que despejen las dudas que posean referente a la redacción. Esto es con el fin, que el producto sea apegado a la visión que posee el estudiante y no transfigurar el proceso que está realizando con acotaciones influenciadas por el pensar del profesorado. Al finalizar la clase van a entregar el producto, sino lo han terminado no ha de importar, solo es necesario observar cómo estructuran las ideas que tienen en sus mentes.

Sesión 2

Inicio: Se va a realizar una breve explicación del trabajo que se va a realizar y lo que se espera del mismo, pero también, se va a incentivar a que expongan las dudas que tienen en torno al proceso que están a punto de iniciar. Después de realizar el sondeo, se va a solicitar que saquen los materiales que necesitan y se va a realizar una revisión del proceso investigativo que realizaron en sus casas y el contraste que hicieron con la clase anterior.

Desarrollo: A pesar de que el enfoque de la clase busca que ellos realicen de forma autónoma sus escritos, va a ser importante que los estudiantes contrasten sus dudas o postulados con el docente, quién se va ir dirigiendo a ellos a través de la solicitud que ellos hagan en el momento. Esto tiene como fin, analizar y contribuir a que los datos se estén plasmando de forma correcta, pero que se apegue a los estándares sintácticos que necesita un texto para ser efectivo y que genere entendimiento entre el emisor y receptor del mensaje que se está redactando. De allí, que se observe la coherencia que tenga el texto, por medio de lecturas breves de los párrafos que llevan y a la vez tratar de ir corrigiendo los posibles errores que vayan surgiendo. También, se puede presentar que el estudiante se sienta abrumado ante el papel y no sea capaz de plasmar aquellas ideas que tiene en su mente, por lo tanto, el rol del profesor es fomentar la creatividad y a través de ejemplos tratar de estimular la mente del estudiante, quién va a intentar realizar el proceso, tal vez no sea el esperado, pero la idea no es cuartar su creatividad, por ello, en vez de censurar, se van a buscar estrategias para superar los posibles baches que se presenten en el entorno de clase.

Al momento de recolectar los textos se va a dar paso a una pequeña exposición, la cual van hacer voluntariamente y se va a enfocar en que planten el trabajo que realizaron, pero sin dejar de lado las emociones que acompañaron el proceso de creación del texto.

Cierre: Agradecerles a los estudiantes por haber participado, esto va a generar una confianza entre ellos y nosotros, ya que se le va a dar el valor que amerita a el trabajo que realizaron.

Criterios de evaluación: Realizar la lectura de los textos para determinar qué falencias poseen los estudiantes y en que son más fuertes a la hora de crear un texto de carácter crítico/investigativo.

Quando expongan, analizar el valor que le dieron al trabajo, pero a la vez la soltura y la apropiación del tema que trabajaron.

Tener en cuenta la creatividad y la sagacidad al momento de escribir.

Recursos humanos: Docentes, estudiantes y las producciones que investigaron previamente.

Materiales: Lo que necesiten para estructurar sus textos, hojas, cuadernos, lapiceros, colores, lápiz, pinturas, entre otros materiales que se acomoden al proceso creativo de los estudiantes.

Observaciones: Tratar de tener un plan B, sino se logra estimular la creatividad de los estudiantes, este puede va a girar en torno a una creación grupal. Los profesores van a escribir en el tablero las ideas que los estudiantes vayan aportando y al finalizar el proceso, analizar el texto de forma grupal y observar sus fortalezas, pero sin dejar de lado las falencias que posea el mismo.

CONCLUSIONES

Las personas que han sido víctimas de la violencia armada en Colombia, especialmente en el municipio de Quinchía (Risaralda) construyen las narrativas desde sus cicatrices y desde cierto temor por revivir los hechos. Construir narrativas y relatarlas los lleva a contener el ejercicio narrativo porque cercanamente vislumbran un perfilamiento que sucedió en el pasado, pero que sienten próximo. Por esta razón, es de vital importancia construir narrativas que nos permita leernos y pensarnos en el marco del conflicto armado. Desde los relatos se construye sociedad y se construye visiones de mundo. También desde el relato existe la posibilidad de reconocer en el otro lo que no pertenece y lo que es común de todos. Así pues, se concluye que los seres humanos por naturaleza intentan construir narrativas que les permita una explicación y una conciencia del pasado.

Sucede, entonces, en el entorno colombiano donde parte de la sociedad ha sido víctima del conflicto armado. Por ello, es necesario indagar sobre el tema desde las voces de la cotidianidad, no solo a gran escala, sino ir a aquellos pueblos donde la violencia estuvo presente, es decir, construir una historia desde la visión de los vencidos, que nos permita ampliar el espectro y tengamos la posibilidad de proyectarnos en otras formas de mirarnos.

Ahora bien, a partir de las narrativas locales se construye el relato de un hecho donde confluyen el rumor o los hechos verídicos que forman un canon histórico alrededor de la construcción del concepto de violencia. Cada conversación construye una visión de la cotidianidad e intenta explicar un fragmento de la realidad. Convirtiéndose,

entonces, en materia prima para la construcción de artefactos creativos, puesto que el lenguaje recupera su naturaleza y fortalece la acción de contar.

Finalmente, segmentos de la violencia en Colombia se están narrando a través de las investigaciones que se convierten en crónicas o en novelas, porque permite que llegue a un público más amplio y se construya desde la visión de quienes transitan las calles o el campo. En estas narraciones los oficios inútiles cobran voz, la voz de los habitantes del común que construyen su imaginario y desde estas visiones es que la historia se ensambla, desde una microhistoria.

BIBLIOGRAFÍA

Alonso, C. (2013). Las revistas de actualidad son el germen de la crónica literaria. Algunas calas en la evolución de un género periodístico entre 1845 y 1868. *Anales*, 25, 45-67.
https://rua.ua.es/dspace/bitstream/10045/35957/1/ALE_25_02.pdf.

Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018) *La memoria nos abre camino. Balance metodológico del CNMH para el esclarecimiento histórico*. Centro Nacional de Memoria Histórica.

Gómez-Escalante, E. (2013). La perspectiva ricoeuriana y el análisis de las narrativas. *Fundamentos en Humanidades*, 14(27), 175-192.
<https://www.redalyc.org/pdf/184/18440029009.pdf>

Guzmán, G., Fals Borda, O. y Umaña, E. (2005). [1962, 1963]. *La Violencia en Colombia* (tomos I y II). Taurus.

Harari, Y. N. (2019) *De animales a dioses: Breve historia de la humanidad* (19a ed. --.). Debate.

Halbwachs, M. (2005). *La memoria colectiva*. Ediciones Universitarias de Zaragoza.

Isaza, F. (1959) *Las guerrillas del Llano*. Universo Jaramillo.

Jaramillo-Jefferson, Berón- Antonio, Alberto y Victoria-Alfonso, Carlos. (2020). *Pacificación territorial e insubordinación social en una "Plaza Roja". El caso de*

Quinchía, Colombia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 47(2), 113-150. <https://doi.org/10.15446/achsc.v47n2.86143>.

Marmolejo, I. (2006). ¿Qué es esa cosa llamada violencia?. *Boletín Interno de los investigadores del área de Antropología*, (48), 11-29. <https://mediateca.inah.gob.mx/repositorio/islandora/object/articulo:19164>.

Mèlich, J.C. (2011) *La filosofía de la finitud*. Herder.

Ricoeur, P. (2006) *Teoría de la interpretación discurso y excedente de sentido*. Siglo Veintiuno Editores.

Ricoeur, P. (2001) *Tiempo y narración I*. Siglo Veintiuno Editores.

Ricoeur, P. (2006) *Teoría de la interpretación discurso y excedente de sentido*. Siglo Veintiuno Editores.

Sánchez, A.H. (1953) *Las balas de la ley*. Editorial Santafé.

Todorov, T. (2000) *Los abusos de la memoria*. Editorial Paidós.

Vázquez, G. D. (2016). La patrimonialización de la memoria histórica entre el deber social y la estrategia turística. Apuntes sobre el caso catalán. *Revista de turismo y patrimonio cultural*, 14(5), 1267-1280. https://riull.ull.es/xmlui/bitstream/handle/915/11399/PS_14_5_%282016%29_15.pdf?sequence=1&isAllowed=y

Vallejo, M. (1997). La crónica en Colombia: Medio siglo de oro. Bogotá: Presidencia de la República.

Zapata, S. Z. (2015). Memoria de las víctimas del conflicto armado en Quinchía, Risaralda: El caso emblemático de Soraya Patricia Díaz Arias. [Tesis de pregrado, Universidad Tecnológica de Pereira]. Archivo digital.

<http://hdl.handle.net/11059/5696>

García, M, G. (1996) Noticia de un secuestro (Biblioteca digital)

<http://www.anffos.cl/Descargas/BIBLIOTECA/Gabriel%20Garc%C3%ADa%20M%C3%A1rquez%20-%20Noticia%20de%20un%20Secuestro.pdf>

Rodríguez, L, (2002) Efectos psicológicos del secuestro en Colombia (Anuario de Psicología Jurídica, Volumen 12)

<https://journals.copmadrid.org/apj/archivos/80168.pdf>

López, J, O, L, (2005) Un nuevo enfoque para abordar el desplazamiento forzado en Colombia (Revista del Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia)

<https://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/8473/9117>

Arciniegas, M, J, P, (2020) Memorias locales en Quinchía, Risaralda: Territorio, violencia y resistencia. (Trabajo de grado para optar por el título de Sociólogo.)

<https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/50267/Tesis%20final%20JPA.pdf?sequence=1&isAllowed=y>

Hernández, S, R, O, (2017) Contexto del secuestro en Colombia. (Universidad Militar Nueva Granada - Especialización Administración de la Seguridad - Ensayo de grado)

<https://repository.unimilitar.edu.co/bitstream/handle/10654/16973/HernandezSanchezRaulOswaldo2017.pdf?sequence=1>

Informe General Grupo de Memoria Histórica (2016) ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. (Centro nacional de memoria histórica)

<https://www.centrodememoriahistorica.gov.co/descargas/informes2013/bastaYa/basta-ya-colombia-memorias-de-guerra-y-dignidad-2016.pdf>

Güiza, D/Baustista, A/ Malagón, A/Uprimny, R, (2020) La constitución del campesinado: luchas por reconocimiento y redistribución en el campo jurídico (Dejusticia)

<https://www.dejusticia.org/wp-content/uploads/2020/10/La-constitucion-del-campesinado.pdf>

Le bon, G, (1895) Psicología de las masas. (Último reducto)

<https://upcndigital.org/~ciper/biblioteca/Filosofia%20moderna/Psicologia-de-las-masas-G.-Le-Bon.pdf>

Iborra, M, I, (2006) ¿Qué es esa cosa llamada violencia? (Diario de campo, 40)

http://online.ucv.es/wp-content/blogs.dir/3/files/que_es_esa_cosa_llamada_violencia.pdf

Lythgoe, E, El papel de la imaginación en La memoria, la historia, el olvido de Paul Ricœur (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas)

<http://www.scielo.org.mx/pdf/dianoia/v59n73/v59n73a4.pdf>

Machado, A/ Amaya, R, (1990) La violencia en Colombia y su impacto sobre el sector rural. (Cuadernos de Agroindustria y Economía Rural N: 124)

<https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/desarrolloRural/article/view/3327/2526>.

Ricoeur, P, (1996) Tiempo y narración: Tiempo narrado. (Siglo XXI Editores SA de CV)

https://books.google.com.co/books?hl=es&lr=&id=rwWXKfUmgAC&oi=fnd&pg=PA629&dq=Estudios+sobre+la+narraci%C3%B3n&ots=jvZCxJVjFj&sig=rUnC1I9FKSD3BbpABGK-Km9hwo8&redir_esc=y#v=onepage&q&f=false

Universidad de Antioquia y el Ministerio de Educación Nacional (2016) Derechos Básicos de Aprendizaje V2 (Panamericana Formas E Impresos S.A)

http://colportugal.edu.co/files/DBA_Lenguaje_final_Septiembre_1.pdf

Ministerio de Educación Nacional (2006) Estándares Básicos de Competencias en Lenguaje, Matemáticas, Ciencias y Ciudadanas (Revolución educativa, Colombia aprende)

https://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-340021_recurso_1.pdf